

HARRY BETANCOURT

Niños en la Oscuridad



“UNA LUZ AL FINAL DEL SENDERO”

NIÑOS EN LA OSCURIDAD

Harry Betancourt

©Niños en la oscuridad

©Harry Betancourt, 2019

harrybetancourtbooks@gmail.com

Diseño y Diagramación: Pascual Castellucci

pecastellucci@gmail.com

Ilustración de portada:

Guillermo Pou / Humberto Campos

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal: CA2019000065

ISBN: 978-980-18-0532-8

Libro versión digital, junio de 2019

Derechos Reservados —Es propiedad del autor.

All rights reserved

Dedicatoria

A todos aquellos niños del mundo que cada día renacen como guerreros de la luz en medio de las batallas infructuosas encendidas por el fuego perverso de los adultos.

Presentación

Cuando uno penetra al fondo de lo que es lo narrativo, de una obra como la presente, se observa la sensibilidad que tiene el autor para detectar las propias realidades y reflejarlas, posteriormente, con sus acertadas y precisas palabras y generar, a la vez, acontecimientos, siguientes capítulos. Estamos seguros que en el presente trabajo habrá mucho de qué hablar. Se trata del desarrollo de unos hechos que se extienden en escenarios que pueden ocurrir en cualquier lugar del planeta, o en todo caso en nuestro propio país. Si bien, son realidades que están presentes en lugares contradictorios en lo económico y social, tanto del estrato de mayor pobreza hasta los más pudientes. Deja por sentado las situaciones que ocurren en la propia sociedad, que a veces son difíciles de solventar, pero que siempre, ante la perseverancia, hay una respuesta o una alternativa favorable.

Son hechos que narra con entusiasmo. Detalla cada uno de los personajes de una manera sencilla, fácil de entenderlos y de saber cuáles son sus propósitos en el transcurso de la narrativa. Se caracteriza por tener un conjunto de elementos, con escenarios distintos, contradictorios y con su original prosa mantener el interés, propio de un autor que sabe lo que hace, sin dejar cabos sueltos

Trata la vida difícil de los adolescentes y en algún caso de un niño, sumados a los adultos, que desempeñan el papel protagónico. Se desarrolla en diversos escenarios, partiendo de lugares humildes, propios de la Venezuela olvidada, en los cuales no llega la justicia humana y donde impera la postura del más fuerte en detrimento del débil, hasta espacios donde vive una sociedad con mayores recursos económicos. Hay un choque, un enfrentamiento de valores, que son, cuidadosamente expuestos en el transcurso de lo escrito.

Existe una valorada descripción del ambiente, en cada uno de los escenarios desarrollados, que envuelve al lector y donde se expresa una versatilidad que mantiene el interés en cada una de sus palabras escritas. Esperamos, que la obra no se quede solo en lo escrito, que se valore, para llevarla a otros contextos, aparte de la literatura, hasta el cinematográfico. Merece, en todo caso, que mantengamos el interés en cada una de las narraciones de un autor, como Harry Betancourt, que tiene mucho que seguir

aportando en los tiempos actuales y venideros.

Jesús Lucart A.

NIÑOS EN LA OSCURIDAD

Un gris intenso coloreaba el cielo de la ciudad. Vagos matices de destellos solares reflejaban entre unas nubes arreboladas. Era el atardecer de un día cualquiera, un momento más en el tiempo.

A lo lejos, desde un rincón en las afueras de la ciudad, desde donde aún eran perceptibles apenas las siluetas descoloridas de los edificios más altos, un hombre y un niño caminaban, cuales espectros taciturnos, por una amplia carretera casi desértica. Miradas insensibles, semblantes casi hieráticos, pareciera como si sus pasos se dirigiesen a ninguna parte. De vez en cuando uno que otro automóvil rozaba el aire cual ráfaga de luz.

Era aquel un hombre de edad madura, quizás cuarenta años; de caminar lento pero preciso; alto y delgado; de piel blanca pero bronceada tal vez por muchos días de sol inclemente. Sus facciones escondían al hombre bien parecido y atractivo que debió haber sido alguna vez, muchos años atrás. Usaba una pequeña barba descuidada y el cabello castaño ondulado le caía hasta los hombros. En su mirada penetrante e inquisidora se reflejaban las fatigas de muchos días de angustias y zozobras. Su vestir era casi de harapos, sucia y descolorida vestimenta cubría su maltratada humanidad. De repente la brisa de un automóvil al pasar le hace tambalearse sobre sus pasos, pero él sigue allí, fiel andante, caminando como la sombra desteñida que es. Nada parecía importarle.

A su lado, en silencio al igual que él, el niño trata de igualar sus pasos, casi siempre lentos. Tendrá quizás diez años, no más. En sus grandes ojos, de un negro muy brillante, vibraban sus deseos de vivir más y más cada día. En su cuerpo se describían los estragos de la miseria, tal vez su contextura era inferior a la de otros niños de su edad; de piel morena y cabellos negros lisos como sus ojos que le hacían parecer un niño muy simpático. Caminaba al igual que su amigo, sin importarle nada a su alrededor. Eran como dos siluetas quijotesacas que se perdían en el horizonte interminable.

Y continuaron caminando hombre y niño, ensimismados hasta que aquel último quebrantó sus inconscientes monólogos silenciosos.

—¿De verdad no tienes familia? ¿Entonces, Cristóbal estas sólo como yo? ¿Que no tengo papá, ni mamá, ni hermanos?

Cristóbal, que era el nombre de aquel hombre, se detuvo repentinamente y mirando al niño le dijo sonriendo:

—¡Ah! Angelito. Tú haces las preguntas y tú mismo las contestas. ¿Entonces qué quieres que te responda?

El niño lo miró con una sonrisa y sin titubeos le preguntó de nuevo:

—¿Qué si no tienes a nadie?

Esta vez la sonrisa de Cristóbal desapareció súbitamente para dar lugar otra vez al rostro insensible. Tras un corto silencio le respondió reanudando sus pasos:

—Una vez tuve a alguien a quien quería mucho, pero sin saberlo hice algo que no debía y llegó un día en el cual se fue para no volver jamás. ¿Y sabes? Me dolió mucho, muchachito, porque cuando uno quiere a alguien y ese alguien te abandona, se va, tú sientes como si todo lo que antes había y tú veías, ya no fuera más, ya no existiera. Uno ya no ve nada como antes. Duele, duele mucho.

La gente pasaba junto a ellos, se confundían entre los demás. Eran ahí, solo dos seres más, desconocidos, conocidos, padre e hijo.

Él lo tomaba de la mano, era su hijo, su orgullo, su vida. Era una nueva fuerza que lo llenaba.

—¿Papi, pero donde está mami?

—Ya vamos a llegar hijo, ella nos está esperando en el parque.

—¿Y vamos a ver a los cachorritos?

—Si a los cachorritos, a los monitos y a todos los animales.

Y continuaban caminando. Eran solo ellos dos, nadie más existía. Andaban por una calle solitaria, en medio de tanta gente.

Angelito que lo había escuchado con mucha atención, por un momento no llegó a comprender lo que le decían aquellas palabras, pero después comenzó a entenderlo todo. Suspiró profundamente para luego decir:

—Es como cuando a uno se le muere el papá y la mamá, verdad? Y entonces a uno le da miedo de día y de noche, porque está solo. A veces dan ganas de llorar, pero yo no lloro porque los hombres no lloran ¿verdad Cristóbal?

El hombre sonrió al escuchar las palabras tan precisas de aquel niño, de aquel pequeño hombre.

—Sí Angelito, con el tiempo uno aprende a olvidar el dolor y el miedo y hasta se le olvida como se llora. Por ahí dicen que el tiempo todo lo borra.

Desde lejos se escuchaba la música alegre de un organillero. El verde del parque poco a poco se iba descubriendo de entre los grises edificios de la calle.

—¿Esa es la música de parque, verdad papá?

—Sí, esa es la música del organillero.

—¿La que baila Nico, el mono? ¿Papi, los monos son gentes?

—No, hijo mío, los monos son animales, diferentes a nosotros.

Frente a ellos estaba el parque. Los árboles centenarios, les daban la bienvenida. Más allá de la puerta de entrada, un hombre de aspecto triste, desgarrado, tocaba una música infantil, mientras hacía bailar a un mono, un mono triste, autómata.

—¿Entonces, cuando uno se muere es porque el tiempo lo borra?—. Preguntó Angelito con curiosidad.

—A muchos los borran para siempre y nunca los recuerdan más, a veces estar vivo es como estar muerto.

Tras estas palabras, ambos volvieron a quedar en silencio, quizás para volver a encontrarse con sus más intrínsecos pensamientos.

Ahora caminaban por una de las veredas del parque, cubiertas de hojas secas, bordeada por frondosos y viejos árboles. Su hijo tenía cuatro años, que a él le parecían uno por lo rápido que pasa el tiempo. El niño, a su lado trataba de igualarle los pasos, trataba de imitar a su padre.

—¡Allá está mami con los cachorritos!

—Sí, allí está, se ve hermosa desde aquí ¿Verdad?

—Sí, ella es bonita y tú también papi. ¿Sabes papi? —Le dijo el niño a la vez que detenía sus pasos—. Yo los quiero mucho a los dos.

—Y yo también hijo, te quiero mucho, mucho. —Le dijo su padre mientras se inclinaba para abrazarlo.

Ambos echaron a correr, padre e hijo, hombre y niño. Sus pasos los llevaban sobre las hojas secas de la vereda hacia una hermosa mujer que los esperaba sonriente, feliz.

El silencio fue corto, interrumpido ahora por Cristóbal, quien reanudando el dialogo preguntó:

—¿Qué les pasó a tus padres?

Esas palabras causaron una cierta impresión en el niño, quien por un momento y sin mirar a Cristóbal le respondería volviendo a su andar:

—Ellos eran muy buenos pero un día murieron en un accidente, como los papás de Manu, el otro niño que vive conmigo. —Y tratando de esconder una lágrima en una sonrisa, que era más bien una mueca forzada, se quedó en silencio.

Cristóbal comprendió que aquel punto en la conversación lo había cambiado todo. Era un toque en la sensibilidad más profunda del alma. Así que para desviar el camino que llevaban aquellas palabras, una frase casi hecha los volvió otra vez a la realidad:

—Parece que va a llover, el cielo está oscuro.

El niño dio en ese momento una patada a una lata de refresco vacía que se encontró a su paso y luego dijo, como si estuviera hablando consigo mismo:

—Esas nubes siempre están así, de ese color. Como dice la vieja Juana La Loca, aquí siempre estamos a oscuras.

Cristóbal y Angelito se habían conocido apenas unas cuantas horas atrás, en la mañana.

Cristóbal quien era una de esas personas en situación de calle con problemas de alcoholismo, o como lo definirían por aquellos lares, un vikingo, se encontraba dormido sobre las destartaladas gradas de un antiguo

estadio comunitario ubicado a la orilla de la carretera, justo al lado del bar Las Ninfas, en medio de uno de sus éxtasis etílicos; cuando de pronto, en un brusco movimiento fue a caer al fondo de una zanja que había sido excavada detrás de la vieja tribuna y que en ese momento se encontraba inundada por el agua de una tubería rota. Y por poco hubiese muerto a no ser por Angelito, quien se encontraba cerca del lugar observándolo. Al ver la situación, no vaciló en correr para ayudar al desdichado hombre.

Así nació aquella amistad, entre dos seres que coincidían en algo muy común para ambos, la soledad.

La casa donde habitaba Angelito junto a su amigo Manu, un niño quizás un poco mayor que él, no era más que un viejo remolque que alguna vez había pertenecido a un circo. Pero, por el contrario, no por destartado, desusado, debía estar descuidado.

Su pulcritud sobresalía, al igual que lo hacía un extraño palacete de paredes recubiertas de pequeños trozos de vidrios multicolores que estaba a corta distancia de aquél, de entre aquellas moradas miserables que rodeaban todo el lugar, formando así un mísero barrio, cuyo entorno estaba estrechamente compenetrado a la amalgama que era el vertedero de basura de la ciudad. Pedazo de esta tierra estéril por la inmundicia. Donde está todo aquello que nadie quiere. En el cual lucha el hombre contra el hombre por sobrevivir al hambre. En el que se enfrentan niños raquíticos contra las aves de rapiña por algún pedazo de podredumbre. Adonde se les niegan, cuales esclavos, las más elementales necesidades. En donde se les prohíben hasta las más mínimas condiciones humanas.

El viejo remolque estaba situado sobre una pequeña loma. Pintado de blanco ya descolorido que dejaba ver la cara sonriente, borrosa, de un payaso que alguna vez estuvo plasmado en colores vivos sobre las paredes metálicas de aquella morada de nómadas circenses. Al frente en un pedazo de tierra oscura, un jardín lleno de flores era el único vestigio de belleza que se podía observar. Muy cerca de este, un frondoso árbol de mango rompía la monotonía del recio paisaje.

De vez en cuando soplaba una fuerte brisa que hacía más desagradable el aire putrefacto del lugar.

—¡Manu! —Gritó Angelito, mientras se acercaba a la casa remolque.

Sobre una de las ramas del frondoso árbol de mangos, un muchacho a pasos de la adolescencia, delgado como casi todos los de por allí y de piel blanca, más bien pálida, sonrió al ver al niño, a la vez que bajada de donde

había estado sentado, era Manu el amigo de Angelito, quien llevaba en su mano derecha, sobre la cual se observaba un medio sol tatuado de color negro, un pequeño envase de cartón para leche, pero que ahora contenía pega para zapatos. A su lado se encontraba Yuli, una niña de unos doce años, de piel morena y cuerpo voluptuoso en transición de niña a mujer, de larga y ondulada cabellera negra; quien al verlos llegar se lanzó al suelo y echó a correr hacia las casas que se veían más allá del remolque, mientras su corto vestido azul claro le dejaba ver sus hermosas piernas.

—Mira mi pana cuanto encontré hoy, recogí mas latas que tú. —Le decía Manu a su amigo a la vez que se sacaba del bolsillo varios billetes para mostrárselos mientras dibujaba en su boca una sonrisa torpe y lo miraba con ojos vidriosos, como lejano.

—Yo no encontré mucho hoy, pero ya algo es bastante chamo. —Le contestó Angelito acercándose a él para estrecharle la mano a manera de saludo.

Manu, en medio de su éxtasis, miraba con cierto recelo al acompañante de su amigo. Y es que las experiencias en sus pocos años de vida le habían enseñado a no confiar en nadie, mucho menos en un desconocido. Toda una contradicción, pues Angelito era el ser más confiado del mundo, para él cualquier persona era su amigo. Y poco faltaría para que tuvieran el remolque invadido de cuanto sujeto conocía.

Manu continuaba observando a Cristóbal con aquella mirada de desconfianza, de quien lo analiza todo antes de actuar, eso resaltaba a simple vista. Y rascándose su enmarañada cabellera amarilla le preguntó a Angelito:

—¿Y ese tipo quién es?

—¡Ah! Manu él es mi amigo Cristóbal, quien va a vivir con nosotros mientras tanto. —Le contestó Angelito con un ademán de quien presenta a otro.

—Hola Manu. —Le dijo Cristóbal extendiéndole la mano como gesto de presentación—. Espero que seamos buenos amigos.

El niño vaciló por un instante, pero algo en su interior le hizo cambiar de actitud.

Podría confiar en este hombre, algo se lo decía por dentro.

—¿Que más mi pana Cristóbal? Si eres pana de Angelito también eres mi pana.

Los días fueron pasando uno tras otro rápidamente, era el tiempo, ese río caudaloso que no conoce barreras, siempre sigue su camino. Y la vida de aquellos tres seres coincidentes del destino caprichoso parecía casi invariable. Todos los días eran iguales. Sobrevivir, sobrevivir buscando la manera, ese parecía ser el único objetivo, la única meta de sus vidas miserables.

Las relaciones entre Cristóbal y los dos niños cada día se iban acrecentando más y más. Se sentían imprescindibles unos de los otros. Pero para aquel hombre, vagabundo del tiempo, nómada de la desesperanza, ese encuentro con seres aún inocentes, entre tanta suciedad se había convertido en un motivo para enraizar de nuevo su vida. Había descubierto otra vez que siempre hay, en algún lugar, alguien todavía humano de verdad.

Era por esta nueva visión humana quizás que se había olvidado por esos días de probar una gota de licor, de su agua de salvación. Los niños lo habían enseñado, sin saberlo, que nadie puede dejarse vencer por las dificultades, las malditas dificultades. Que mejor ejemplo para él que aquellos niños, apenas unos infantes y ya eran guerreros de la vida. Solos, sin nadie que los guíe y allí estaban viviendo en el mismo tiempo que él.

Cristóbal era ahora un trabajador más, como los niños, del basurero de la ciudad, el entorno que les daba vida. Recolectar desperdicios, material reciclable, sería su oficio para subsistir, aunque las condiciones fueran inhumanas. ¿Pero qué más podía pedir en aquel submundo marginal?

Aquel día el cielo del lugar se observaba por primera vez en mucho tiempo un poco despejado. Las aves de rapiña revoloteaban alrededor, fieles, puntuales a su oficio inescrupuloso. Mientras tanto, todos trabajaban como en un día cualquiera, era un día más.

Muy cerca de Cristóbal se encontraba una mujer a quien llamaban Juana La Loca, como le decían los niños a manera de burla, concentrada en su labor al igual que él. Era aquella una mujer de unos cincuenta años, de cuerpo delgado, de piel ennegrecida y reseca, un poco encorvada y de duras facciones, siempre refunfuñando, quejándose de todo y envuelta entre sus viejos harapos que le servían de vestimenta a su raquítica humanidad.

—A una no le gusta ver a esos muchachitos bregando desde chiquitos en esta inmundicia, pero esto es ser pobre y ¿cómo se hace? —Con estas palabras interrumpió de pronto la mujer el silencio de la laboriosidad, mientras que con la mirada señalaba al grupo de niños que rebuscaban entre la basura, un poco alejados de ellos.

—Si esta maldita miseria nos lleva a hacer de todo. Sabemos dónde empezamos pero nadie sabe donde terminaremos. —Le replicó Cristóbal pausadamente tras un largo suspiro a la vez que detenía la labor.

—Míreme a mí. —Le decía la vieja mujer—. Crié tres hijos y aquí estoy, vieja y sola, Sin saber al menos si ellos están vivos, esos malagradecidos. Por eso es que una nunca sabe lo que está criando. —Y luego como añorando algo: —Este mundo es tan enredado. A veces son los hijos los que dejan a sus padres, a sus viejos, que tanto bregaron por ellos y otras veces son los papás los que dejan a sus hijos, como si fueran unos perritos que se pueden echar a la calle o como esta basura que botan aquí.

—Y así y que tiene que ser para que sea mundo, dicen. —Le comentó Cristóbal siguiendo sus palabras.

—Ahí tiene a esos muchachitos, como el Johansito, la mamá era una pobre loca, una callejera que vivía por aquí. Esa, después que tuvo al muchachito de quien sabe quien se lo dejó a una vecina y que después volvía a buscarlo, pero fue mentira. Y la vecina pudo medio criarlo pues esa era otra que apenas podía mantener a los que tenía ella. —Después pasándose la mano por la frente sudada, continuaría: —la mamá del otro, el Manu, esa si era una loca de verdad. Paría uno de uno y de otro hombre y después se los dejaba a los papás. Así hizo con él, después que lo tuvo se fue y se lo dejó al hombre, que era más borracho que ningún otro. Imagínese como se crió ese muchachito, después que el papá también lo abandonó. Es que una ve aquí tantas cosas que ya el corazón se le pone como una piedra. —Concluía así el triste relato Juana La Loca.

—¿Qué sabe usted sobre Angelito? —preguntó Cristóbal.

—Ese muchachito es un misterio, verá, nadie sabe de dónde salió, un buen día se apareció por aquí en un camión recolector de basura, el chofer dice que se lo encontró por la carretera y que venía corriendo desnudo y riéndose mientras se mojaba bajo la lluvia que caía en ese momento. A él le dio tanta lástima que lo montó en la cabina y le dio una franela que le quedó muy grande y le puso una gorra para que no se resfriara. Y como no le decía cual era su nombre ni decía nada este señor le puso el nombre de Angelito, porque según dijo se le pareció a un querubín mientras lo vio correr desnudo con los brazos hacia atrás como si fueran alas. Luego, se lo trajo hasta aquí con la intención de llevarlo a la policía después de descargar la basura, pero el muchachito se le escapó y aquí se quedó. Los primeros días no decía nada solo sonreía. Se quedó unos días con una vecina que ya murió y luego se fue a vivir en ese

viejo remolque donde está ahora. Se la pasa recogiendo gente con necesidad como si él no tuviera bastantes. De eso hace como seis años, ahorita debe tener como nueve o diez años.

Cristóbal guardó silencio y volvió a su labor sin decir nada. Solo pensaba en las palabras de la mujer y en sus monólogos mentales se decía asimismo:

—Esos pobres niños. Mira cómo se inventan ese mundo de mentiras. Debe ser esa la única forma de aceptar sus realidades. Bueno, al menos parece que no les guardan rencor a sus padres, al menos tratan de justificarlos aunque sea con mentiras. Ojalá así piense mi hijo dondequiera que se encuentre.

A su alrededor cientos de personas continuaban la triste faena entre la inmundicia de las montañas de basura que se extendían varios kilómetros a la redonda, entre ellas, rodeada del humo de los desperdicios calcinados, observaba como siempre La Chamana, con ese halo de misterio y su sonrisa de felicidad dibujada en una cara angulosa, de piel blanca muy arrugada enmarcada en una enorme maraña de cabellos muy blancos que parecía que fuera más pesada que su débil y delgado cuerpo encorvado por los muchos años, tenía unos ojos pequeños y luminosos que todo lo observaba y siempre iba enfundada en viejos harapos de colores de tonos claros que nadie imaginaba como no se ensuciaban en medio de tanta mugre. Era tan vieja que algunos decían que tenía más de cien años. Los niños la querían mucho y la respetaban porque ella tenía la capacidad de encontrar siempre las mejores cosas y en buen estado dentro de la basura que hurgaba, como juguetes, golosinas y hasta ropa casi nueva, los cuales obsequiaba con mucho cariño a los más pequeños, eso sí nunca nadie la llegó a escuchar decir una sola palabra. Aunque se decía que la veían de vez en cuando encaramada en una de las ramas de la mata de mango conversando con Angelito en las noches de luna llena, pero él ni lo afirmaba ni lo negaba. ¿Cómo se va a subir a una mata de mango una vieja de más de cien años? Decía Pepe Botella, un borrachito que vivía en el basurero. Pero la Chamana aparecía al amanecer en medio del humo que la rodeaba todo el tiempo y desaparecía al atardecer de igual manera, rodeada de aquella niebla espesa.

Cristóbal detuvo otra vez su labor de recolección en la basura y su mirada comenzó a recorrer todo su entorno. A lo lejos, por el camino iba una muchacha de piel oscura, delgada y embarazada, parecía arrastrar sus pasos, estaba drogada e iba acompañada de dos jóvenes como ella también bajo los efectos de los estupefacientes, era una prostituta que ofrecía sus servicios a los hombres que trabajaban en el lugar; al otro lado otra joven hurgaba en la

basura mientras su bebé descansaba en una caja de cartón debajo de una especie de toldo fabricado con cuatro tubos oxidados y una bolsa plástica grande de color negro; más allá dos hombres muy bien cubiertos de ropa más bien trapos viejos e inmundos para cuidarse del sol inclemente se peleaban con navajas en mano por un pedazo de metal; cerca de un camión que descargaba sus desechos un grupo de niños se abalanzaban sobre estos para tomar primero lo mejor de la basura; y a lo lejos por la vía principal se desplazaba un pequeño camión azul destartado sobre cuya plataforma iban un grupo de jóvenes con pistolas en mano rumbo al fondo del basurero. Al poco rato, se escucharon unas detonaciones a lo lejos que hicieron que una bandada de aves de rapiña se dispersara sobre el cielo gris. Cristóbal bajó la mirada y continuó su faena, como si nada, en medio de aquel infierno.

Pero de entre todos esos personajes variopintos que hacían vida en aquel submundo había dos personas, una pareja de la tercera edad, que le llamaban mucho la atención a Cristóbal por la peculiaridad de los mismos. Eran Don de Vidrio y la Señora de Vidrio, llamados así por la afición de dicho señor por el cristal. Además de recolector de desechos para subsistir, era un artista plástico que empleaba los materiales reciclables para realizar pintorescas obras, como su misma casa, una extraña construcción de forma circular fabricada con botellas plásticas, tubos de hierro, tejas de colores fabricadas con plástico fundido y lo más llamativo era que empleó miles de pequeños trozos de vidrios de colores y de baldosas para recubrir todas las paredes. La edificación parecía una pequeña fortaleza, ubicada sobre una pequeña loma que se destacaba desde lejos por el múltiple colorido de sus muros. Tenía un segundo nivel construido en madera donde estaba la habitación principal, en realidad la única que tenía pues allí solo vivían ellos dos. Y una pequeña torre de madera con un techo en forma de aguja sobre la que descansaba cual veleta la figura plana de un zamuro coronaba la cima. Cuando le preguntaban que por qué no había colocado la figura de un gallo como se acostumbraba a hacer decía que porque toda su vida se había tenido que levantar temprano con el canto del gallo y que de eso ya estaba cansado, que no tenía porque rendirle tributo a un animal que le había robado tantas horas de sueño en su vida y que como él era un soñador muchas veces debía interrumpir grandes y fantásticas aventuras porque el canto del gallo lo hacía despertar. “Precisamente cuando el sueño estaba mejor”, solía decir. Por eso quiso darle el privilegio a otro animal, a uno que había sido discriminado, humillado y excluido, como el zamuro, quien según él nunca le había hecho nada malo y que más bien

ayudaba a la preservación del medio ambiente comiéndose todas las inmundicias. Don de Vidrio era un hombre de ochenta y cinco años de piel tostada y larga barba gris y amarilla y negra y hasta roja, se le veía a veces que parecía un matorral de paja seca enmarañada. Un poco regordete y de estatura mediana. Vestía siempre un viejo saco color negro y un pantalón de igual color amarrado a la cintura por un mecate amarillo. Usaba un enorme sombrero de alas anchas también negro. Su andar era de pasos rápidos, a la vez que miraba a ambos lados a cada rato. Llevaba siempre un palo a manera de bastón y una enorme sombrilla de playa de varios colores un poco destartalada. A su lado, más bien detrás de él iba siempre su esposa, la Señora de Vidrio, como él mismo la solía presentar sin ocultar su orgullo y también sus celos, pues decía que ella era una princesa que logró rescatar de uno de sus sueños y por eso le gustaba quedarse dormido después que ella mientras la abrazaba muy fuerte para que no se la fuera a quitar el ogro del cual la había rescatado cuando la conoció. Era aquella un mujer de ochenta y dos años, de estatura baja, gorda con el vientre abultado y grandes senos que usaba un vestido originalmente de color blanco, que ahora se tornaba amarillento de tan percutido que estaba por el sucio y el tiempo, tan largo que lo hacía arrastrar por el suelo, su cabello era otra intrincada maraña de hierbas secas que se entretejían en unas crinejas torpemente tejidas; un enorme sombrero de paja con unas florecitas artificiales multicolores coronaban su figura. Caminaba siempre detrás de él a grandes pasos, como buscando pisar con sus pies la sombra que proyectaba aquél hombre. Ella nunca hablaba, solo sonreía para dejar ver sus muchas arrugas, que parecían grietas hechas por la lluvia sobre una tierra reseca. Nunca pronunciaba palabra alguna. Por eso, según él, la amaba porque nunca decía nada.

Cristóbal a veces los visitaba, para conversar largo rato con aquél personaje que lo hacía reír, cantar y hasta llorar con sus historias inventadas. Ambos volaban por el espacio, exploraban el centro de la tierra, hablaban con los muertos que salían de parranda del cementerio y los agarraba el amanecer en la calle, tomaban ron con los piratas que navegaban por la laguna de líquidos putrefactos que había al final del basurero, salían de safari a cazar rabipelados y ratones en el matorral que había detrás de su casa y que se le antojaba era un bosque de la lejana África. Y lloraban juntos cuando recordaban a sus respectivos hijos de los cuales ninguno de los dos sabía en qué lugares se encontraban o que estarían haciendo en ese momento. Así eran aquellos seres, fantásticos y reales, alegres y tristes, humanos al fin.

Era una de esas noches lluviosas poco comunes en aquellos lares. Desde el atardecer fuertes aguaceros habían caído sobre la ciudad y todos sus alrededores. De vez en cuando un impaciente trueno rompía la monotonía de la lluvia incesante.

Cristóbal y Angelito habían llegado antes del anochecer a casa. En cambio Manu, se encontraba afuera comprando algunas cosas para la cena.

En aquel estrecho remolque transcurría la vida de esos tres seres. El espacio era bastante restringido y a veces resultaba incómodo, pero para ellos que estaban acostumbrados a una existencia llena de dificultades aquello era algo de la vida cotidiana, fácil de llevar apenas.

El remolque en su interior estaba dividido en dos partes. Una un poco mas espaciosa servía de sala y cocina y la otra estaba destinada para el dormitorio.

Los muebles que decoraban el pequeño hogar estaban constituidos por lo más esencial. Una vieja mesa de madera con tres sillas se recostaba endeble de una de las paredes; en el rincón cerca de una de las ventanillas estaba otra mesa más pequeña sobre la cual descansaba una maltratada cocinilla de kerosene y junto a esta, en el piso, había una caja de madera a manera de despensa; a un lado de la puerta de entrada, un estante de metal color gris hacía las veces de biblioteca a muchos libros y papeles estropeados. Al otro lado de la pared divisoria la decoración no era más sofisticada: unas maltratadas colchonetas tiradas sobre el piso y cubiertas de malgastadas sábanas servían de camas a sus habitantes. Y en un rincón una cesta de paja albergaba la ropa sucia.

Eran casi las ocho de la noche y Manu no regresaba. Esto comenzó a preocupar a Cristóbal, quien por poco sale en su búsqueda hasta que las palabras de Angelito lo hicieron desistir.

—No te preocupes que ese chamo siempre que sale se queda por ahí hablando con alguien. Además él es un hombre que se sabe cuidar —le dijo el niño.

Cristóbal se sentó tranquilamente en una de las sillas de la mesa mientras trataba de leer el periódico. Angelito, casi arrodillado sobre un balde con agua jabonosa, lavaba un percudido pantalón mientras reanudaba la conversación diciéndole a Cristóbal:

—Vamos a tener que buscarnos una mujer para cada uno como dice Manu, para que nos haga todo los oficios de la casa, porque lo que soy yo no sigo

lavando más ropa, no señor.

El hombre sonreía al escuchar las ocurrencias de Angelito, tratando al mismo tiempo de concentrarse en su lectura para dejar de preocuparse por Manu que aún no regresaba.

—¿Y cuándo es que me vas a enseñar a leer? —le preguntó repentinamente el niño—. Tú me dijiste que íbamos a comenzar las clases uno de estos días.

Cristóbal, quitando la mirada del periódico y colocando este sobre la mesa, le contestó seriamente:

—Primero debemos conseguir un cuaderno y un lápiz y también un libro para las lecturas.

—Pero yo tengo muchos libros guardados ahí —le señalaba el estante que estaba ubicado a un lado de la puerta. —Los recogí del basurero. Bueno no están muy limpios pero son libros.

—Bueno, vamos a hacer algo —le dijo Cristóbal -Mañana después del trabajo buscamos entre esos papeles un libro y comenzamos las clases ¿Te parece?

—¡Claro que sí! —le contestó Angelito sin poder ocultar su emoción—. No sabes cuantas ganas tengo de saber lo que dice en todos esos papeles que recogí.

En ese instante preciso la puerta se abrió de par en par, emitiendo un fuerte sonido al golpear contra el estante.

Angelito y Cristóbal quedaron impresionados mirando estupefactos hacia la puerta. Allí en la entrada con la cara golpeada y la ropa hecha pedazos, más bien casi desnudo, caía Manu de rodillas. Estaba empapado por el agua de la lluvia que seguía cayendo incesante. Su mirada perdida, como si algo terrible le hubiese impresionado.

Antes de que alguno de sus amigos pudiera reaccionar, Manu estalló en llanto, balbuceando alguna cosa, para luego decir, como si estuviera hablando consigo mismo:

—Ya no soy un hombre, ya no lo soy. Los hombres no hacen eso, no Manu, no lo hacen. ¡No! ¡No! ¡No! -terminó gritando el aturdido muchacho, mientras Cristóbal buscaba tomarlo por un brazo para levantarlo del suelo donde aún se encontraba arrodillado.

—¡No! ¡Suéltense! ¡Déjenme! —le gritó Manu histérico, adoptando una actitud de defensiva. En sus ojos se reflejaba una mezcla de miedo y odio indescriptibles.

—¿Qué pasó mi pana? —le preguntaba Angelito muy angustiado, sin saber

qué hacer ante la actitud de su amigo.

—¡Fueron ellos, fueron ellos...Perro Bravo tú fuiste, tú y tus malandros! —era lo único que repetía una y otra vez el desasosegado muchacho. Se refería al cabecilla de una de las bandas juveniles más peligrosas de la zona. Su nombre real era Pedro Bravo, pero por su cara de pocos amigos, su baja estatura y corpulento como era, se veía como un perro con cara de bravo decía la gente de por ahí. Y aprovechando su nombre y sus características físicas lo apodaron desde niño de esa manera, ahora tenía veinte años y también poseía mucho poder.

Cristóbal permanecía en silencio frente a él. Se imaginaba lo que le había sucedido al pobre muchacho y se sentía impotente ante tanta maldad. ¿Qué hacer? se preguntaba a sí mismo.

Angelito, quien aún estaba confundido, al fin pudo entender lo que sucedía. Se acercó lentamente hacia su amigo y arrodillándose frente a la puerta se dijo a sí mismo con voz resquebrajada:

—Lo violaron, lo violaron.

Cristóbal tras poder compaginar de nuevo sus ideas, decidido le dijo a Manu:

—Tenemos que llevarte al hospital, avisar a la policía.

Pero el muchacho permanecía allí, arrodillado con la mirada perdida.

—¡Vamos! —le decía nuevamente Cristóbal—, levántate por favor.

Y la respuesta del muchacho seguía siendo la misma:

—¡No! ¡No! ¡Suéltenme! ¡Suéltenme! —gritaba enfurecido y lleno de terror a la vez.

—Entonces tenemos que denunciar esto en la policía —dijo sumamente inquieto Cristóbal.

Otra vez quedaron en silencio por un corto tiempo, hasta que Angelito mirando cómo caía la lluvia allá afuera dijo casi en un susurro:

—Al que se lo hacen tiene que callarse porque si no lo matan ahora o después. Eso les ha pasado a varios de aquí, a ellos, los malandros no les importa...

Aquellas palabras retumbaron en los oídos de Cristóbal como una sentencia, como aceptar la penitencia sin haber cometido el pecado.

Los días fueron transcurriendo y con ellos se trataba de olvidar el triste episodio, el delito inhumano sin sentencia como muchos que sucedían casi a diario en aquellos submundos de la miseria.

Manu, aunque fingía estar bien como antes, como si nada hubiese sucedido,

no podía ocultar, a pesar de que trataba, su trauma y las huellas que estaba dejando en él.

Mientras tanto Cristóbal y Angelito buscaban la manera de ayudarlo, actuando como si aquel horrible suceso nunca hubiese ocurrido. Pero Manu víctima de aquel vejamen no hacía más que pensar a cada momento en lo sucedido. ¿Por qué a mí? Se preguntaba ¿Por qué a un hombre? Exclamaría después.

Ahora se le veía pensativo, distraído en medio de cualquier situación. Nunca más se le vería como antes, ya no sería el mismo, ya no sería igual.

—Hoy cumplo un mes que estoy con ustedes —dijo una noche Cristóbal.

Los tres estaban sentados alrededor de la mesa, como todas las noches, para cenar.

Aunque fueran unos pocos mendrugos de pan, ahora todas las noches cenaban juntos. Y como por bebida solo tenían agua, un líquido turbio, amarilloso, Cristóbal levantando un vaso de plástico percutido exclamaría:

—¡Brindemos amigos!

—Sí brindemos, brindemos por nuestro amigo Cristóbal —dijo entusiasmado Angelito. —Y dirigiéndose a Manu, quien parecía estar ausente del momento:

—¿Qué pasa amigo mío? ¿Por qué no brindas con nosotros?

Manu, tras reaccionar, como si aquellas palabras lo hubiesen extraído de un mar profundo, sin fondo, oscuro, se volvería hacia ellos y les diría:

—Pensaba en el chamo ese que mataron hoy en la carretera, el Perico. Era un tipo bueno, un buen chamo. Vivía solo de eso, de recoger latas en la autopista, eso era lo que hacía cuando lo atropelló el carro.

—Si era un buen chamo -replicó Angelito -¿Por qué a la gente buena tiene que pasarle eso? ¿Por qué no le pasa a los malos? ¿Por qué no los matan? ¿Por qué no le pasa eso a Perro Bravo... —fue entonces cuando Angelito comprendió que se había extralimitado en sus críticas y opiniones, indudablemente que aquellas palabras, aquél nombre, eran los últimos que deseaba oír Manu en ese momento, en cualquier momento.

Manu se levantaría de la silla y dirigiéndose al dormitorio los dejaría allí alrededor de la mesa, sentados en silencio.

Una tarde Cristóbal, después de ducharse y vestirse con ropa limpia, se

despidió de Angelito y salió a visitar a Don de Vidrio como solía hacer de vez cuando. Se le notaba como ansioso, extraño. Había pasado todo el día un poco callado y de mal humor. El niño lo miró mientras se alejaba por el camino de tierra polvorienta y continuó barriendo el remolque como era su manía todas las tardes al llegar del basurero.

Angelito preparó algo de comer y se sentó en la puerta del remolque a esperar a que llegaran sus amigos, pues Manu tampoco estaba en casa, había salido desde temprano y no lo había visto en todo el resto del día. Eran más de las nueve de la noche cuando ya disponiéndose a acostarse escuchó que tocaban a la puerta. Se levantó inmediatamente y al abrirla observó a Manu, quien le sonreía y con su mirada vidriosa lo abrazó y sin decir nada le entregó una bolsa con un perro caliente. Estaba muy drogado y apenas había logrado llegar de pie a la casa. Angelito lo ayudó a entrar y lo acostó en su colchoneta. Lo ayudó a quitarse los zapatos y la camisa, luego lo cubrió con una sabana para que durmiera tranquilo. Pero el muchacho de pronto se levantó y se desnudó dando manotazos al aire a la vez que lanzaba fuertes gritos y luego entre maldiciones y otros improperios se quedó callado y mirando fijamente a Angelito se sentó sobre la colchoneta y fijó su mirada en el piso.

Angelito estaba muy preocupado por Cristóbal, pues ya eran casi las once de la noche y no había regresado. Era extraño, pues no solía llegar tan tarde a casa. Así que asegurándose de que Manu ya se había tranquilizado y estaba acostado en su colchoneta, decidió salir a buscar a su amigo. Tras recorrer a pasos rápidos el camino de tierra llegó a la casa colorida de Don de Vidrio, cuyas luces se encontraban apagadas. Llamó varias veces a la puerta hasta que el viejo le abrió, estaba en ropa de dormir y un poco somnoliento.

—¿Que pasó Angelito? —le preguntó preocupado.

—Disculpe Don de Vidrio pero estoy buscando a Cristóbal y como el me dijo que iba a venir a visitarlo pensé que estaba aquí todavía.

—No, yo no le he visto hoy, por aquí no ha pasado —le respondió el viejo—. ¿Dónde podrá estar?

En ese momento, el niño sintió como un gran temor le recorría como un torrente de agua fría por las venas. Pensó tantas cosas y luego aspirando fuertemente se echó a correr hacia la carretera. En su mente la idea de que Cristóbal se hubiese ido para siempre le hacía sentir un gran dolor en su corazón, en su alma. Era como un gran susto que no se le quitaba por más que respiraba profundamente. De repente, se detuvo exhausto a la orilla de la carretera, mientras el sonido de una música alegre lo hizo reaccionar. Corrió

nuevamente, esta vez hacia el bar Las Ninfas de donde provenía aquella melodía. Al llegar a la puerta, una de las prostitutas que estaba ebria y drogada, abrazada a un hombre malencarado lo miró fijamente, indiferente. Angelito la reconoció de inmediato a pesar del maquillaje y la atrevida vestimenta, era Yuli, la amiga de Manu. Apenas había cumplido los trece años, pero la voluptuosidad de su hermoso cuerpo moreno la hacían ver como una chica de mayor edad.

Angelito entró de inmediato al bar y entre las penumbras, los destellos de las luces de colores, las siluetas de seres desconocidos, el sonido ensordecedor de la música, el olor a humo de cigarrillo, el aroma de licores, de perfumes baratos de mujer, logró distinguir a Cristóbal sentado sobre una de las sillas giratorias de la barra. Estaba tan ebrio que su cara la apoyaba de la botella de cerveza que tenía sobre el tope. El niño se le acercó y él ni siquiera lo reconoció al momento. Solo lo miró y de repente buscó abrazarlo mientras le decía con una voz torpe, atropellada:

—Eres tu hijo mío, por fin te encuentro.

Luego lo alzó con sus brazos y entre sollozos lo volvió a abrazar fuertemente. En su mente ebria creía ver a su hijo.

—Alex, Alex te quiero mucho hijo mío —decía una y otra vez.

Angelito lo ayudó a salir de que aquél lugar tomándolo por un brazo, mientras él se tambaleaba sobre sí mismo. Iba hablando, diciendo mil cosas que harían juntos ahora que se habían encontrado nuevamente. Continuaba creyendo que aquél era su hijo perdido en el tiempo, en su tiempo inventado.

Luego de un largo rato, entre tumbos, tropiezos y hasta una caída en el callejón de tierra, llegaron al remolque. El niño lo ayudó a desvestirse y lo acostó en la otra colchoneta. Cristóbal seguía hablando, balbuceando frases incomprensibles a la vez que se retorció como si estuviera zafándose de algo.

De pronto, Angelito se detuvo en la puerta del cuarto, ahora miraba a aquellos dos seres que se habían convertido en su única familia en el mundo y sintió una gran tristeza. Miraba a un lado a Manu gritando y dando manotazos al aire como si estuviese librando una pelea con el propio demonio y veía al otro lado a Cristóbal diciendo incoherencias mientras luchaba con todo su cuerpo contra sus propios fantasmas. Ante aquella imagen, el niño se recostó a la fría pared de metal, que a esa hora se sentía helada y dejó caer su espalda hasta quedar acurrucado con la cara entre las rodillas y sus brazos sobre la cabeza. Cerró los ojos y se echó a llorar desconsoladamente.

Cristóbal cumpliendo su promesa hecha a Angelito había comenzado a impartir las clases a su único alumno. Llevaban varias noches ya alumno y maestro luchando por vencer a la ignorancia y ganarle un discípulo más a la sabiduría.

Era una noche fría, con una suave neblina abrazándolo todo y un cielo nocturno enmubado de grises siluetas. De repente, unos pasos afuera, sobre la tierra oscura, los hace desconcentrarse de sus aprendizajes. Cautelosamente esperaron por un momento, aún sentados. Luego al ver que todo había quedado otra vez en silencio, sin más incógnitas ni respuestas, se levantaron de sus sillas y cuidadosamente se dirigieron a la puerta. Desde allí pudieron observar a través de la ventanilla de vidrio a Manu, a un Manu diferente.

El muchacho estaba afuera, parado en medio del pequeño patio delantero con su mirada ausente, naufraga. En las manos, sus dedos jugueteaban con un cuchillo ensangrentado como el mismo, como su ropa, como su piel.

Cristóbal y Angelito al verlo abrieron la puerta de inmediato, acercándose poco a poco hacia él. Se detuvieron, desde allí pudieron observar una sonrisa, una sonrisa quizás de satisfacción, de alegría, de quien quiere ocultar el miedo. El no los miraba, estaba absorto en sí mismo.

Poco a poco su sonrisa se fue transformando en una mueca de dolor, luego se echó a llorar. Y con movimientos lentos, pausados, fue dejando caer su cuerpo sobre la tierra, murmurando:

—Lo maté...lo maté...

Sus amigos, quienes habían permanecido en silencio, solo observaban como el muchacho hundía aquel cuchillo una y otra vez en la tierra húmeda, repitiendo aquellas palabras.

—Entrégame ese cuchillo —le pedía Cristóbal con cautela—. Ya lo usaste ¿verdad? Entonces dámelo.

El muchacho permaneció inmóvil por un instante, con esa misma mirada perdida de siempre y luego, como asustado, muy asustado, se levantó rápidamente del suelo. Luego, mirando fijamente el cuchillo en sus manos ensangrentadas, murmuró algo, casi un balbuceo y lo lanzó al suelo con un gesto de asco. Después se echó a correr.

Angelito al verlo huir corrió tras él, llamándolo. Pero Manu se perdía en la oscuridad, en la noche, mientras su amigo caía al suelo tras tropezar en el camino, llamándolo entre sollozos:

—¡Manu! ¡Manu! ¡Espérame...!

—Déjalo Angelito —le gritó Cristóbal dando unos pasos hacia él, diciéndose luego a sí mismo:

—El ya sabe lo que hace.

El niño se levantó del suelo con la ayuda de Cristóbal, estaba pensativo, lloroso. Al poco rato, después de un silencio entre ambos, mirando fijamente hacia el remolque casi en penumbras, le diría:

—Tenemos que irnos de aquí, Cristóbal. Nos van a matar, ya deben estar buscándonos.

Y tras recoger lo más esencial, lo que pudieron, huyeron hombre y niño a través de la oscuridad. Atrás iban dejando aquel lugar, escenario de tantos episodios vividos.

Huyeron por un sendero poco conocido, no el camino habitual, para salir de aquel barrio miserable. Por precaución, debían tratar en lo posible de no ser vistos, de no tropezar con los bandidos, que ya estarían buscándolos. Era aquel un sendero, un camino que serpenteaba entre montañas de basura, ese sería el atajo de salvación para ambos.

En su desesperada huida, escucharon detrás de ellos pasos en la oscuridad. Eran pasos rápidos, firmes, sobre la inmundicia.

Ante aquella situación, no pudieron más que echarse a correr sin vacilaciones y con un solo pensamiento cruzando sus mentes desesperadas:

—¡Vivir! ¡Vivir!

Esa mañana, tras mucho caminar por diferentes lugares de la ciudad, llegaron frente a una hermosa mansión rodeada de altos muros de ladrillos. La mañana estaba clara, hermosa y despejada. Estaban parados ahí, frente a la puerta de entrada, desde donde podían admirar casi todos los jardines, esmeradamente cuidados. La vegetación era exuberante, tupida, el verde lo cubría todo, haciendo sentir una extraña sensación de paz interior.

Cristóbal, haciéndole un ademán a Angelito, le indicó que lo siguiese. Tras asegurarse de no ser vistos por el vigilante, quien se encontraba distraído hablando por el teléfono en su caseta ubicada al lado del portón, ambos penetraron por el camino de piedras grises rodeado de árboles frondosos, que los llevarían hasta las puertas de la mansión.

Angelito miraba casi con asombro todo a su alrededor. Era maravilloso

todo aquello. Lo más bello que jamás había visto. Aquella grama tan verde, tantos árboles y flores, la hermosa casa que se le antojaba como un enorme palacio. Pero lo que más llamó su atención fue la fuente de mármol, con esos ángeles blancos rodeando graciosamente a una hermosa doncella que quizás fuese la virgen.

Cuando ya casi llegaban frente al elegante porche de la puerta principal, una voz enfurecida los hizo detenerse.

Por la blanca puerta de madera que se abrió intempestivamente vieron salir a un hombre de mediana edad, bien trajeado, el cual vociferaba insultos a una hermosa y sencilla dama vestida elegantemente que salía tras él.

—¡Todos ustedes son unos ladrones! Lo que les interesa es que les demos dinero todos los meses. Sus métodos son ineficaces, a nadie pueden ayudar.

—Señor Arismendi, no estoy dispuesta a seguir escuchando sus insultos. Esta usted ebrio y no sabe lo que dice, así que váyase de aquí —le dijo con voz suave pero firme aquella mujer, quien de pronto transformó sus dulces gestos en duras expresiones.

—¡Cállese maestra de bobos! Ya estoy cansado de escucharle decir siempre lo mismo, que hay que darle tiempo, que tenga paciencia y mi hijo siempre está igual. ¿Qué es lo que usted le enseña? —terminó diciendo, casi gritando, mientras abría la portezuela de su elegante automóvil deportivo color negro.

La mujer reprimió la ira que sentía en ese momento, luego se acercó a unos pasos del auto y con voz tranquila le dijo:

—Señor Arismendi, no olvide nunca que su hijo es un niño especial y que aquí tratamos de ayudarlo hasta donde nos es posible. Pero recuerde que nosotros no somos Dios. Y esta maestra de bobos está ayudando a su hijo, que es igual que los otros niños que tratamos aquí a salir de ese laberinto que es su mente.

El hombre ebrio, tambaleándose sobre sus pasos la miró enfurecido y subiendo al automóvil:

—¡Nunca más verá a mi hijo aquí!

Y arrancó su automóvil a toda velocidad.

La mujer permaneció parada ahí, concentrada en sus pensamientos más interiores, ajena a todo lo que la rodeaba.

—Antonia, Antonia —repitió Cristóbal ese nombre, acercándose a ella.

La mujer al escuchar su nombre volvió la mirada a un lado, en ese momento sus ojos se alumbraron, brillaron como regocijados, más su corazón

palpitaba incesantemente al ver a aquél desaliñado hombre.

—¿Eres tú Cristóbal? —preguntó algo confundida, mientras sus ojos lo miraban detalladamente, sorprendida, asombrada.

—Si Antonia soy yo, Cristóbal Montero, así y como me ves —le contestaba él, a la vez que abría los brazos mirándose a sí mismo.

Ambos permanecieron callados unos segundos después, solo mirándose a los ojos.

—Han pasado tantos años, ¿cómo estas? ¿Dónde has estado? —le dijo luego la mujer con un rostro sonriente sin poder ocultar la emoción de felicidad que la embargaba.

—Han pasado tantas cosas —replicó Cristóbal con mucha serenidad en sus palabra—. De Ana y el niño no he vuelto a saber nada más

—Me imagino —continuó diciendo Antonia, ahora con un tono de voz suave mientras su cara se desdibujaba de la alegría a la tristeza. De repente, se sintió avergonzada de aquella actitud de euforia que no pudo ocultar al ver a aquel hombre de quien no había sabido durante tantos años.

—Ni siquiera sé donde se encuentran exactamente —le dijo inmediatamente Cristóbal, mientras una tristeza inocultable se dibujaba en su rostro. —lo último que supe fue que se marcharon del país hace muchos años.

—Eso escuché decir por ahí, lo lamento mucho Cristóbal —dijo Antonia.

—Al parecer están en Italia —continuó diciendo Cristóbal.

—¿Y él quién es? —Preguntó Antonia, mirando a Angelito con una dulce sonrisa.

—Ah, el es Angelito, un buen amiguito —contestó Cristóbal, mientras abrazaba al niño con su brazo izquierdo.

—Hola Angelito, yo soy Antonia, una amiga de tu amigo —le dijo ella y después: —pero pasen adelante, este lugar es también su casa.

—No sabía que habías convertido tu casa en este instituto —le dijo Cristóbal, mientras caminaban hacia el interior de la misma.

—Si hace varios años que la transformé en la sede del instituto, ahora vivo en otra casa.

Aquél lugar adonde Cristóbal había llevado a Angelito, era una institución de enseñanza para niños especiales, cuya dirección estaba a cargo de Antonia Lancaster. Era aquella una mujer de gran sensibilidad y nobleza de sentimientos, en la cual tenían esos niños a una gran aliada.

Una vez dentro de la casa, Antonia le indicó a una de las empleadas, una secretaria de nombre Elisa, que llevara a Angelito a la cocina para que le

diera algo de comer. Entre tanto, ella dirigió a Cristóbal a su oficina, la cual se encontraba en una de las estancias ubicadas en el pasillo principal.

Por dentro la visión de elegancia que se tenía de la casa se perdía. En el interior la decoración resultaba sencilla, más bien funcional. Poco mobiliario, siempre lo esencial, de altas paredes casi desnudas pintadas de suaves colores. Pero la pulcritud resaltaba antes que todo y se reflejaba a simple vista en los pisos que eran como espejos de límpidas aguas.

En la oficina, Antonia tras indicar a su invitado que se pusiera lo más cómodo posible, se sentó en su sobrio sillón de cuero, detrás del escritorio de madera oscura. Luego de mirar, como repasando cada cosa, cada objeto que había en la habitación, se acomodó nuevamente diciendo:

—Es más difícil tratar a veces a los padres que a sus propios hijos especiales en sus impedimentos y limitaciones.

Cristóbal la miraba fijamente. Cada gesto, cada palabra no se perdían en la desatención, ni mucho menos en la distracción que podían causar la observación de los cuadros enmarcados en bellos bronces o quizás en los lujosos empastes de los libros de la extensa biblioteca de maderas labradas. Indudablemente esta parte de la casa si había sido decorada con un marcado gusto por la elegancia.

Y luego de una breve pausa Antonia continuó:

—Muchos de estos padres, como el señor Arismendi, no terminan de aceptar que sus hijos son especiales y allí está el problema, pues esos niños necesitan más de la comprensión de sus padres que de la que aquí podemos ofrecerles. Ellos creen que nosotros podemos hacerlo todo, ser padres y maestros al mismo tiempo, pero se equivocan, las cosas son más difíciles si ellos no colaboran —y luego de inclinarse un poco hacia adelante, para apoyar sus codos sobre el borde del escritorio: —¿Es que no se dan cuenta que esos sus niños, sus hijos, son también seres humanos y que deben ser tratados como lo hacen con sus otros hijos “normales” como ellos les dicen? Que no deben avergonzarse de ellos, ni exigirles un comportamiento que no pueden dar. Al contrario deben quererlos más, ayudarlos, comprenderlos, eso no es mucho, otros padres lo entienden y más bien muchas veces exageran en sus cuidados, los sobre protegen. Pero, desafortunadamente, no todos lo entienden como debería ser.

Antonia terminó de decir aquellas palabras con una voz casi resquebrajada, a la vez que se levantaba del sillón y con pasos lentos se dirigía hacia la ventana, desde la cual podía observar a un grupo de niños

jugando en el patio de recreo.

Repentinamente, reaccionó como si volviese de otro mundo dentro de sí misma. Y volviéndose hacia Cristóbal le dijo sonriendo:

—Te debo estar cansando con todas mis cosas, discúlpame, pero es que una se deja llevar...

—No me molestan tus palabras. —Inquirió el—. Tú sabes que no — levantándose de la silla para mirar por la ventana, muy cerca de ella, le dijo:

—Siempre me importaron tus cosas, siempre.

Antonia, algo nerviosa dio unos pasos hacia la biblioteca de maderas oscuras, simulando mirar unos libros, para luego decir:

—¿Que te sucedió en todo este tiempo?

El hombre, mirando hacia el piso, caminaba lentamente por la habitación, como repasando su pasado.

—Como ves no me ha ido del todo bien —le dijo tras un largo suspiro— me estoy destruyendo, estoy acabando conmigo mismo —le volvió a comentar de pronto, con una expresión de miedo, quizás terror en su rostro, para continuar:

—Y aunque no lo he querido aceptar, aunque me lo niegue a mí mismo, a pesar de que todo el mundo lo sabe, porque es algo que no se puede ocultar, ahora en este momento delante de ti Antonia, lo acepto, soy un alcohólico, no lo puedo evitar, soy un alcohólico. Necesito de ayuda en estos momentos, estoy pasando por una difícil situación, no tengo adonde ir, por favor deja que nos quedemos aquí por unos días mientras soluciono las cosas. Yo te puedo ayudar en las labores de mantenimiento de este lugar a cambio de techo y comida, no te pido nada más. Solo será por un tiempo.

La mujer, al escuchar aquellas palabras llenas de una sinceridad que solo puede transmitir aquél que acepta humildemente lo que es, sin avergonzarse, sin fingir; lo miró con cierta compasión y tratando de fingir una sonrisa de comprensión, se le acercó y tomándole una de las manos entre las suyas, le dijo:

—Voy a ayudarte, déjame hacerlo, porque aún creo en ti, porque no puedo aceptar que un buen escritor como tú ya no escriba más, ya no se lea más. Tú mereces rehacer tu vida. No te voy a juzgar por lo que hayas hecho, no tienes que explicarme nada. Pero creo que puedo conseguirte un mejor empleo, como crees que voy a dejar que trabajes como un obrero aquí, tengo muchos amigos con influencias en empresas que te pueden ofrecer algo digno de tu nivel de preparación.

—Te lo agradezco mucho —le dijo Cristóbal—. Pero preferiría que me ayudaras solo de la forma que te pedí, no te pido nada más por ahora.

—Está bien Cristóbal —le respondió ella con una suave sonrisa—, será como tu digas, pero si cambias de opinión no dudes en hacérmelo saber, puedes confiar en mí.

—Gracias Antonia, yo sé que es así.

Afuera los niños jugaban alegremente en el patio y Angelito los miraba absorto, desde la ventana de la cocina.

Aquél primer día Cristóbal y Angelito pasaron la noche en casa de Antonia. Horas antes Cristóbal le habría pedido ayuda a aquella generosa mujer, rogándole que los dejara pasar unos días allí. Pero no creyó conveniente hacerle saber toda la verdad, el motivo por el cual estaban allí.

Tras el aseo personal de rigor y una buena cena, como nunca antes la había degustado, Angelito se retiró a la habitación, rendido por el sueño y el cansancio.

La casa de Antonia era otra lujosa mansión, digna de su dueña y señora. Era de un estilo que recordaba a las casas de Baviera, Alemania, con mucha vegetación siempre verde a su alrededor.

Antonia Lancaster, además de su profesión como psicopedagoga y directora de aquél instituto, era una conocida dama de la sociedad de la ciudad, descendiente de una pudiente y respetable familia de origen inglés cuyos ancestros habían llegado al país a finales del siglo XIX como parte del personal responsable de la construcción del ferrocarril. Pero su generosidad como ser humano la enriquecía aún más que sus bienes materiales.

Era aquella una hermosa mujer rubia, de unos cuarenta años de edad, de ojos verdes y cabellos de color amarillo que enmarcaban sus finas y delicadas facciones. Alta y delgada, de delicados movimientos que hacían ver a cada paso su elegancia y sencillez a la vez.

Esa noche, una suave lluvia caía sobre la ciudad. En el silencio de aquella espaciosa mansión, donde vivía sola Antonia con algunos sirvientes, el sonido de las copiosas gotas de agua al caer sobre los árboles inundaba como música de fondo el ambiente solitario.

Antonia, vestida con un sencillo vestido de seda azul claro, ahora sola en el estar, contemplaba fijamente la taza de té que estaba degustando. Mientras

tanto, el fuego de la chimenea ardía como una luz constante en la oscuridad.

Poco después, la puerta se abrió, apareciendo ante ella un Cristóbal diferente, parecía realmente otro hombre, quizás el que ella había conocido muchos años atrás. Vestido decentemente, sin aquella barba a medio brotar, con aquél cabello ahora bien peinado que le caía hasta los hombros, entró silenciosamente a la habitación.

Se miraron fijamente, tras sonreír y sin decirse palabras se sentaron en un cómodo sofá, frente a la chimenea ardiente. Momentos después ambos estarían charlando amablemente mientras disfrutaban de un delicioso té, sumergiéndose en el mundo que había ahora entre ellos dos.

Cristóbal reparando en un cuadro colocado sobre la chimenea, donde aparecía pintada Antonia junto a un hombre bien parecido, vestido de militar, interrumpió el breve silencio:

—¿Es tu esposo?

—Si él es Eduardo, mi ex-esposo —le respondió ella.

Y Cristóbal tras beber un sorbo de té, le volvió a decir:

—Parece un buen hombre, aunque un poco recio ¿General del Ejército si no me equivoco?

—Si él es un General del Ejército. Es un buen hombre aunque un poco estricto, debe ser por su formación militar y por descender de una conservadora familia de origen alemán. Estuvimos casados durante ocho años, pero no resultó. El quería tener hijos y yo no quería dárselos, más bien tenía miedo de tenerlos.

—¿Miedo? —exclamó Cristóbal un poco asombrado—. ¿Miedo a qué?

Antonia miró fijamente al fuego por un instante hasta responder:

—Miedo a tener hijos enfermos, miedo a traer al mundo a un niño con discapacidad.

—Pero si los dos están sanos y son normales, los riesgos son mínimos, me imagino —inquirió Cristóbal aún asombrado.

Ella tras escucharlo, continuó diciendo con palabras lentas pero precisas:

—Cuando uno vive de cerca ese submundo de los niños especiales y una vez sus impedimentos, sus incapacidades con respecto a otros seres humanos, siente miedo, mucho miedo de tener hijos por temor a que nazcan con esas dificultades, es contradictorio, pero esa es mi verdad.

Al terminar de decir estas palabras, Antonia se volvió hacia Cristóbal y mirándolo a los ojos le dijo:

—Mis temores siempre me han acobardado.

Luego acomodándose en el sofá, suspiró profundamente mientras miraba hacia el cuadro de la chimenea. Transcurrió un minuto quizás, solo un momento y Antonia cambiando la temática de la conversación le diría como rememorando días pasados:

—¿Sabes? Estuve recordando, antes de que llegaras, ese libro de poemas que escribiste cuando estábamos en la universidad. ¿Creo que no tengo ningún ejemplar de ese libro? Ni tampoco de ninguno de los ensayos que escribiste, tal vez hallan algunas copias en los archivos de la universidad. Luego volviéndose hacia él, le diría:

—¿Nunca terminaste la novela que estabas escribiendo en aquél entonces?

Cristóbal, quien solo escuchaba en silencio todo aquello que decía Antonia, con cierta incomodidad y sequedad en sus palabras le respondería:

—Preferiría no hablar al respecto, por favor, discúlpame.

Otra vez quedaron en silencio, concentrados en sus pensamientos. Ahogando los sentimientos, los deseos reprimidos dentro de ambos.

El reloj con su péndulo desde un rincón marcaba casi la media noche, mientras el fuego consumía la leña en la chimenea. Y ellos allí, mirándolo casi perplejos.

—¿Lo querías? —Preguntó repentinamente Cristóbal quebrantando la armonía silenciosa.

Antonia un poco sorprendida ante la pregunta de su amigo, respondió pensativa:

—No lo sé, no estoy segura. Quizás fue una fijación que se terminó, tal vez quise ocultar un falso sentimiento de amor detrás de una ilusión.

Después Antonia volviéndose nuevamente hacia Cristóbal mirándole a los ojos, le diría con voz suave, deseosa:

—Ahora estoy segura de que solo amo a un hombre en este mundo.

Cristóbal le correspondía la mirada, deseoso también, desesperado, hasta que decidido, su mano comenzó a acariciar uno de los hombros de la mujer quien temblaba ansiosa.

En ese instante, Antonia cual durmiente que vuelve tras un largo sueño, se levantó súbitamente del sofá. Muy nerviosa dio unos pasos hacia la barra del bar ubicado en un rincón sobre la cual colocó su taza de té a medio beber, a la vez que sus dedos jugueteaban torpemente con la misma.

Cristóbal se levantó tras ella y sin titubeos la tomó por la cintura, mientras que con su cara le acariciaba aquel cuello perfecto, suave, tenso, perfumado. Luego sus labios rodarían sobre la blanca mejilla femenina buscando la boca y

en un tierno susurro le decía:

—Te amo, te amo, te sigo amando Antonia...

Y poco después, cuando sus manos ya acariciaban los senos todavía firmes, duros, le volvería a decir:

—¿Por qué no vi en ti, antes, en aquel entonces, a la mujer de mi vida? ¡Oh! Antonia te siento tan dentro de mi corazón. Te amo, te amo... vamos a...

Antonia casi se entrega a aquellas palabras, a aquellos deseos recíprocos, pero de pronto zafándose de los brazos que la aprisionaban apasionadamente, rompería el equilibrio romántico que los envolvía.

—No Cristóbal, esto no puede ser, no es posible que esté pasando.

—¿Pero por qué no? Si ahora los dos sabemos que nos queremos —decía Cristóbal tratando de tomarla por la cintura nuevamente.

—Yo si estoy segura de que siempre te he amado y te sigo amando y quizás todo este tiempo te estuve esperando, pero no estoy segura de que sientas realmente lo que dices por mí.. —Le decía Antonia esquivando sus brazos.

—Pero te lo estoy diciendo ahora -insistía Cristóbal.

—¿Y quién me dice que no es solo un deseo carnal lo que sientes ahora? Después todo será igual. Acéptalo Cristóbal estas tratando de satisfacer solo una necesidad momentánea y así no te quiero querer, por favor no me utilices.

—No digas eso Antonia, por favor, yo nunca te buscaría solo para eso, créeme, en verdad yo sigo sintiendo por ti eso que te digo, aquí adentro. Te amo, te lo juro.

Antonia recorrió unos pasos en la habitación y como rememorando nuevamente viejos recuerdos de un pasado imperfecto, le decía:

—Yo destruí tu matrimonio, me siento culpable de eso, de que Ana te haya abandonado, de que te haya separado de tu hijo.

Ahora Antonia se detenía frente a la ventana empañada por la lluvia, mirando entre gotas de agua el rosal florido del jardín. Luego continuaría diciendo:

—Cuando ella, tu esposa, descubrió que su buena amiga, su mejor amiga le estaba robando el marido, me sentí tan sucia, tan baja, como una callejera cualquiera —y mirándolo a los ojos, le continuaría diciendo: —me siento culpable de lo que eres ahora, yo soy la causante de todos tus problemas, si yo no hubiese actuado de esa forma las cosas serían diferentes para ustedes, para ti y Ana, para tu hijo...

Adoptando una fingida actitud de satisfacción, casi sarcástica en su tono de voz le decía ahora:

—Yo debería pensar: lo que importa ahora es vivir el momento, las cosas pasaron y atrás quedaron. Te tengo aquí frente a mí sin nada que nos impida seguir adelante, pero no, estos malditos sentimientos de culpa se me clavan cada vez más y más. Cristóbal. —Y le dijo después— yo soy la mala de la historia, todo lo que toco se destruye y no quiero, de verdad, destruirte más de lo que ya lo he hecho. Seamos solo amigos.

Con esas palabras Antonia finalizaba sus confesiones y tras ella se cerraba la puerta del estar, dejando solo, en su silencio a un Cristóbal pensativo, recostado de un muro de la chimenea.

En esa soledad fue entonces cuando Cristóbal se sumergió en sus memorias, dando una vuelta atrás, a su pasado, para recordar aquellos días vividos.

Y se trasladó en el tiempo, hasta ubicarse de nuevo en aquella noche lluviosa, como lo era esa de ahora, la que estaba escuchando, sintiendo cada gota caer; cuando comenzó lo que sería su caída definitiva en el abismo del cual tardaría mucho tiempo en salir.

Ahora escuchaba las voces del pasado, tan vivas como si las pronunciasen de nuevo.

—Ya estoy cansada de esta vida que tú me das —le gritaba Ana, su esposa, una mujer hermosa de cuerpo exuberante y piel morena, cuyo largo cabello negro parecía danzar de acuerdo a sus movimientos.

—Espera un poco más, te prometo que las cosas van a cambiar —le decía Cristóbal tratando de guardar la calma.

—Eres un loco, si eso eres —le replicó la mujer -¿Es que acaso crees que voy a compartir a mi esposo, a mi hombre con esa mujerzuela que decía ser mi amiga mientras se enredaba entre las sábanas contigo?

—Eso no es así mi amor, es que no me dejas explicarte, lo que sucede es que...

—Lo que sucede, Cristóbal, es que ya estoy cansada, primero la enfermedad del corazón del niño, luego lo tuyo con Antonia y por si fuera poco, ahora esta situación económica por la que estamos pasando.

—Todo eso se arreglará, espera un poco, ya lo verás, sentémonos a hablar —le decía Cristóbal.

—¿Y mientras tanto qué? ¿Acaso vamos a comer historias y letras que

nadie lee? —le decía la mujer tomándolo por los hombros—. ¿Es que no entiendes que no sirves para escritor? ¿No te das cuenta que nadie quiere leer nada de lo que escribes?

—¿Eso no es verdad? —le contestó él furioso—. Lo que pasa es que todavía no me han dado la oportunidad de demostrarles lo bueno que soy. Cuando lean esta novela —señalaba un montón de hojas de papel escritas— verás que estas equivocada.

—Un vividor es lo que eres, te aprovechas de mí, yo que tengo que trabajar todo el día para mantenerte a ti y al niño porque si no estuviéramos muriéndonos de hambre —y a la vez que decía esto tomaba los papeles que antes le había señalado y los lanzaba al piso histéricamente, mientras Cristóbal la abrazaba tratando de calmarla. Y en un rincón de la sala, el hijo de ambos, Alex, un niño de seis años lloraba angustiado viendo a sus padres discutir como seres irracionales.

Media hora después, Ana con el niño dormido entre sus brazos y una maleta, abandonaban el pequeño apartamento para no regresar jamás.

Cristóbal, entre tanto, no le impidió la huída silenciosa, sin despedidas. Y sentado en la orilla de la ventana contemplaba la lluvia caer. A lo lejos, afuera, miles de luces brillaban en la oscuridad.

—Mañana la iré a buscar para que vuelva conmigo, siempre regresa a mí. —pensó él mientras observaba desvanecerse el humo del cigarrillo entre sus dedos sin imaginarse que esa sería la última vez que los vería.

Mientras en aquella pequeña sala, en los papeles tirados sobre el piso reposaban las palabras escritas que alguna vez fueron toda la vida de un hombre y que ahora junto a otras cosas que constituyeron en algún tiempo su hogar, su todo, regadas como estaban ya, no significaban nada, simplemente nada.

Esas escenas se irían desvaneciendo rápidamente de la mente, de la memoria de Cristóbal, hasta volver de nuevo al presente y encontrarse con los ojos nublados de lágrimas, el corazón latiéndole incesantemente. Afuera la lluvia continuaba cayendo, mojándolo todo.

Echado sobre aquel sofá Cristóbal comenzaría a sentir una ansiedad que se repetía una y otra vez, solo que esta vez sería una necesidad imperiosa. Instintivamente se levantó de donde había estado sentado y dirigiéndose hacia el pequeño bar tomó una botella y comenzó a beber.

Aquella noche Cristóbal se quedó profundamente dormido, se sentía sumamente cansado, agotado por tantas situaciones difíciles afrontadas en los últimos días, además era la primera vez que dormía en una cama tan cómoda. A su lado, en otra cama dormía Angelito plácidamente.

Nuevamente volvió aquella extraña pesadilla a la mente de Cristóbal, el mismo sueño de siempre. Se veía corriendo descalzo en medio de cientos de niños que iban desnudos por una amplia llanura asustados, temerosos en una vasta penumbra, como si fuera de noche y se dirigían hacia un extraño resplandor que se dibujaba en el horizonte muy lejano. De pronto, el alcanzaba por el hombro a uno de los pequeños y cuando este se volvía hacia él, podía observar que no tenía rostro, ninguno de los niños tenían rostros. En ese momento, se despertaba súbitamente para darse cuenta que estaba empapado en sudor, con el corazón latiendo de forma acelerada y la respiración entrecortada como si hubiese corrido un muy largo trecho.

—Otra vez los niños en la oscuridad... —apenas lograba balbucear.

Pensaba en su hijo, en su hijo sin rostro. ¿Cómo será mi hijo? ¿Cómo será su cara? ¿Se parecerá a mí? Se preguntaba angustiado, mientras recordaba la cara sonriente de su hijo siendo solo un niño, el único recuerdo que tenía de él. Ahora ya debía ser un joven, quizás un universitario.

Al día siguiente, Cristóbal y Angelito trataban de adaptarse a su nueva vida. Aunque con el temor siempre presente que los había hecho huir aquella noche.

Cristóbal, tras ser presentado al resto del personal del instituto como el nuevo empleado de mantenimiento y Angelito como su hijo para que nadie pidiera más detalles, recorría la espaciosa mansión guiado por Antonia, la siempre gentil Antonia.

La mansión había pertenecido a la familia Lancaster desde su construcción y al morir la abuela materna, legítima propietaria, pasó a manos de Antonia, quien vería con esto la posibilidad, el primer paso, para hacer realidad un anhelo de muchos años. Algún tiempo después comenzaría a funcionar en aquella casa el Instituto de Educación Especial, que se regiría por su propio método de aprendizaje, diseñado cuidadosamente por su fundadora, luego de muchos años de estudio y dedicación y que había sido aprobado por las autoridades competentes como un programa piloto.

—Hemos tenido que superar muchos obstáculos para ha realidad lo que hoy tenemos —le decía Antonia sin poder ocultar una sonrisa plena de satisfacción -este no fue solo un sueño mío también lo fue de Ana cuando

estudiábamos en la universidad, cuando nos conocimos y ella estaba recién llegada de su pequeña ciudad minera, soñaba al igual que yo con fundar un centro como este que se rigiese por un método creado por nosotras mismas.

Un breve silencio prosiguió a las palabras de Antonia, para los dos ese nombre, Ana, era sinónimo de remembranzas, de viejas cicatrices que no se podían borrar. Y la mujer continuaría:

—Y aunque aún seguimos luchando, siempre con altibajos, ya hemos recorrido más de la mitad del camino. Son muchos años de lucha los que hemos vivido todos los que hicimos realidad esto, pero la satisfacción de haberlo logrado es nuestra mejor recompensa.

—¿Pero solo le enseñan a niños provenientes de familias adineradas? —le preguntó Cristóbal poniendo mucha atención en la respuesta que vendría.

—Aquí ayudamos a niños de cualquier clase social, por eso nuestro lema es: “Podemos ayudarlos a todos”. Para nosotros todos son iguales, todos son niños especiales, todos tiene el mismo problema. Y aunque tú no lo creas los más necesitados son los provenientes de familias adineradas, pues aunque tengan mucho dinero para pagar las mejores instituciones, carecen de lo más importante, el amor, pues por lo general sus familiares sienten vergüenza de estos niños, porque ponen en entredicho el estatus de perfección de la familia ante la alta sociedad. Muchos son relegados a las sombras, mientras más lejos estén, mucho mejor.

—¿Y cómo logran financiarse? ¿Reciben alguna ayuda del Estado?

Antonia se detuvo en el jardín, contemplaba a los niños jugar en el patio contiguo, luego le respondió:

—Realmente aún no recibimos ningún subsidio del estado. Siempre tenemos presente aquello de que “Dios proveerá”, pero también aquello de que “Ayúdate que yo te ayudaré” —prosiguiendo con sus pasos: —aunque hasta ahora no hemos enfrentado ningún problema económico serio, siempre hay pequeños percances para la distribución de los gastos. Manejar una institución como esta que se financia a sí misma no es fácil. Es por eso que damos mucha prioridad a niños provenientes de familias adineradas, pues ellos deben cancelar una cierta cantidad de dinero mensualmente y con esto, aparte de las donaciones que recibimos de amigos y entes privados, podemos autofinanciarnos. Y así también podemos ayudar a muchos niños especiales, cuyas familias de escasos recursos económicos no pueden costearles una educación de este tipo.

Antonia respiró profundamente, mientras Cristóbal continuaba caminado a

su lado, de nuevo ella reanudaría su diálogo, casi un monólogo:

—Pero, aunque no me gusta decirlo, gran parte de mi fortuna, de mi propio dinero está invertida aquí. He vendido muchas de mis propiedades, he dado tanto dinero en muchas situaciones para mantener a flote este barco de esperanzas. Y si no fuera por eso, quizás ya nos hubiéramos hundido. Todo esto es mi vida, es todo lo que quiero.

Con esas palabras, Antonia, casi emocionada finalizaba su ya inconsciente exposición, a la vez que ambos volvían la vista hacia el patio. Desde allí, se escuchaba a Angelito gritándole de forma grosera a uno de esos niños con el cual estaba jugando.

—¿Qué te pasa bobo? ¿Por qué no agarras bien la pelota? Yo no juego con muchachos tontos —terminó de gritarle.

Y mientras Angelito se marchaba hacia otro grupo de niños que jugaban cerca de ellos, el niño insultado con la pelota entre sus manos caminaba tras él de forma inocente, balbuceando con dificultad algunas palabras, pidiéndole a Angelito que continuaran jugando.

Ante esta situación Antonia un poco indignada, pero comprensiva, se acercó a Angelito y le dijo:

—Yo sé que tu no quisiste decirle esas cosas a él, mi amor. Tú también eres un niño, pero debes comprender que él no es igual que tú porque tiene algunos problemitas en su mente, por eso no puede jugar como otros niños, como tus amigos, como tú. Tienes que tener paciencia con él, más bien ayúdalo. Si no sabe jugar con la pelota ayúdalo para que aprenda. El quiere ser tu amigo, no es mucho lo que te pide ¿Verdad?

Angelito le correspondió la mirada de ternura, casi de súplica y sonriendo le dijo al otro niño:

—¡Vamos Sebastián! Te voy a enseñar a jugar.

Cuando los niños se retiraron para jugar, Cristóbal buscó disculparse con Antonia al respecto, pero ella siempre tan comprensiva le decía:

—No te preocupes, yo entiendo. Él es apenas un niño y no sabe cómo tratar con alguien como Sebastián, muchos adultos tampoco saben cómo hacerlo porque no es fácil.

Antonia se entregaría de nuevo a la exposición de sus ideas, a su manera de ver las cosas. Cristóbal a su lado, atento, la escuchaba sin interrumpirla.

—Los padres de muchos de estos niños, como ya te he dicho, parece que olvidaran que sus hijos tienen necesidades especiales, que no son como otros niños “normales”. Como la madre de Sebastián —esta vez la actitud de

Antonia se tornó muy seria, como censurante y continuó: —El es uno de esos casos de niños especiales con Síndrome de Down, que son abandonados por su familia. Su madre, desde que lo trajo aquí, apenas lo ha visto quizás tres o cuatro veces, tomando en cuenta que ya lleva cuatro años con nosotros. Ella presenta problemas de adicción a las drogas, sin esposo y a quien la familia le dio la espalda. Parece que es la encargada de un bar y una que otra vez nos envía dinero.

Antonia detuvo las palabras y los pasos y suspirando reanudaría la conversación:

—La última vez que lo vio fue durante las vacaciones, ella lo vino a buscar para pasar con él la navidad. Pero en esos días, por un descuido, estaba ebria según dicen, el niño salió a la calle y fue arrollado por un carro, a raíz de ese accidente su pierna derecha quedó lesionada para siempre.

—Cuántas injusticias hay en este mundo —replicó Cristóbal un poco consternado, entristecido.

—Y allí es donde está nuestro deber —dijo Antonia -en ayudar al que nos necesita.

Había transcurrido ya una semana desde la llegada de aquellos dos seres al instituto, al mundo de Antonia. Los días pasaban tranquilamente, como si nada fuese a enturbiarlos. Aquél viernes en la mañana todos se hallaban reunidos en el comedor, que estaba decorado de forma sencilla con algunos motivos festivos, todo aquello para agasajar a las personas que cumplían años ese mes. Entre esos estaba Sebastián, quien se había convertido en el mejor amigo de Angelito en aquel lugar.

Después de cantar la tradicional canción de cumpleaños y mientras repartían la torta de chocolate, Sebastián se acercó a Angelito abrazándolo entre sus gestos y palabras un poco confusas, para obsequiarle una hoja de papel en la cual había dibujado a dos niños jugando con una pelota. Angelito, ante el regalo de su amigo, sonrió entristecido, pues recordó que quizás ese mismo día el también pudiera estar cumpliendo años. ¿Pero quién lo podría saber? Si nadie sabía cuando había nacido aquel niño, hijo de nadie, hermano de nadie. Pero viendo la alegría de los otros niños divirtiéndose se contagiaría de ellos y olvidaría rápidamente que él nunca había cumplido años.

Entre tanto, Antonia quien se había acercado a Cristóbal, entabló de nuevo

una conversación que había dejado inconclusa días atrás.

—Cristóbal, quería decirte que me gustaría que el domingo fueses a una reunión de Alcohólicos Anónimos, ellos te pueden ayudar mucho, ya te lo he dicho.

—Gracias por preocuparte por mí Antonia, claro que iré y no solo porque yo lo deseo sino que también lo haré por ti —le dijo Cristóbal, con una gran serenidad en sus ojos y mucha sinceridad en sus palabras.

Hubo un momento en el que Angelito, quien jugaba con el resto de los niños, escuchó cuando dos profesoras, Elena y Julia, comentaban algo sobre un crimen, aparecido en la crónica policial de la cual era asidua lectora esta última docente y que había sido dejada tras leerla sobre una mesa cercana. El niño tomó la publicación y luego de hojearla, su mirada se detendría en una pequeña información que leyó poco a poco, después se miró el tatuaje de un medio sol que tenía en su mano izquierda, el cual significaba su lazo de hermandad con Manu, hasta que de pronto, sin decir palabra alguna, salió en veloz carrera del comedor.

Cristóbal, extrañado ante la actitud del niño se dirigió hasta la mesa y al leer en la página abierta comprendió el motivo de aquella reacción del pequeño.

El hombre salió corriendo también tratando de alcanzar al niño, dejando a Antonia totalmente confundida, quien leía en el macabro diario sobre el suicidio por sobredosis de drogas, de un niño de la calle que no había sido identificado y de quien solo se destacaba que presentaba un tatuaje en forma de medio sol en la parte superior de su mano derecha. Aquella víctima, de un momento de locura, de desenfreno quizás, era Manu, el pobre Manu, el amigo, el hermano de Angelito, cuya fotografía aparecía a un lado de la información. Era el rostro de un cadáver con los ojos a medio cerrar, con una expresión, una mueca de desesperación, de miedo.

Cuando Cristóbal salió al jardín, ya Angelito no estaba por los alrededores. Ahora, muy preocupado, volvió a entrar a la casa para pedirle a Antonia que le permitiese usar su automóvil.

—¿Pero que le pasó a Angelito? —preguntaba Antonia muy preocupada—. ¿Qué está sucediendo Cristóbal?

—No te preocupes Antonia, luego te voy a explicar todo, pero por favor permíteme usar tu carro —le suplicó él.

Inmediatamente salía Cristóbal, cual caballo desbocado, conduciendo el automóvil de Antonia. Con una sola idea en su mente, con la esperanza de

encontrar a tiempo a Angelito, antes de que pudiera cometer cualquier locura. Y su corazón latía incesantemente, desesperado al comprender lo que seguramente estaba deseando el alma resentida, adolorida de Angelito.

La noche oscurecía rápidamente toda la ciudad. Eran casi las diez de la noche cuando Cristóbal ya cansado de recorrer una y otra vez diferentes sectores, los sitios donde se imaginaba podría estar Angelito, decidió regresar al instituto.

Estaba pensando además en avisar a la policía cuando divisó desde donde estaba estacionado, una calle solitaria del lado oeste de la ciudad, a una pequeña figura que se deslizaba sigilosamente cual pantera al acecho.

Encendió el automóvil y poco a poco se dirigió hacia la entrada de la oscura y solitaria callejuela por la que ahora penetraba aquella figura, casi una sombra. Más adelante, casi en la mitad del callejón, dos siluetas de hombres caminaban desprevenidos, de espaldas al niño atacante. Aquél no era otro que Angelito, sediento de venganza, ciego de dolor, de cólera.

Sin duda, pensó Cristóbal, aquellos hombres debían ser los amigos, los secuaces de Perro Bravo, a quien Manu había dado muerte.

Angelito, cegado como estaba por la venganza, al pensar que aquellos hombres eran los únicos culpables de la muerte de Manu, su amigo, su hermano, no lograba entender ni darse cuenta de la desventaja en que se encontraba ante aquellos bandidos.

Ante esta situación, Cristóbal, aceleró rápidamente el automóvil y decidido se dirigió hacia la otra entrada del callejón, unos sesenta metros más allá, por la otra calle.

Una vez en el sitio, se detuvo con el motor encendido aún y asombrado miraría como Angelito, parado en medio del callejón con actitud desafiante, con navaja en mano, invitaba a aquellos hombres igualmente armados a enfrentarse con él en feroz duelo.

Cristóbal, sin pensarlo dos veces, encendió las luces, que invadieron toda la oscuridad, encandilando a aquellos guerreros de la noche. Luego aceleró velozmente, deslizando el auto como una ráfaga por el húmedo pavimento de aquella callejuela.

Al observar al vehículo venir a veloz marcha hacia ellos los dos hombres se hicieron a un lado, cayendo sobre unas cestas de basura, mientras Angelito

echaba a correr hacia la calle. Una vez allí, Cristóbal tras instarlo a que subiera, lograría convencerlo, no sin antes conseguir cierta resistencia en el niño.

Mientras tanto, los dos hombres subían a un automóvil color azul, estacionado en la calle a pocos metros más allá. En cuestión de segundos, Cristóbal arrancó velozmente y tras ellos lo hicieron los dos hombres en el otro vehículo.

Ahora los dos autos recorrían a gran velocidad las calles casi desiertas, casi solitarias de la ciudad nocturna, en feroz persecución sanguinaria.

Maniobrando con pericia, para no perder el control del vehículo, pasando por alto las luces rojas de los semáforos y obligando a detenerse a los demás conductores para dejarles el paso, continuaban su veloz carrera, mientras se escuchaban algunos disparos que se confundían con el rechinar de los neumáticos.

—¡Agáchate Angelito! —le gritaba Cristóbal, tratando de esquivar a sus atacantes.

Negro Malo y El Bamban, los antiguos amigos de Perro Bravo, solo pensaban en cobrar la deuda que según alegaban debían ser pagadas con la misma moneda, con sangre. Sino por el asesino de su amigo, bien por sus seres queridos más cercanos. Y a esos precisamente, los tenían adelante, en aquél elegante auto blanco.

—Todavía el carajito no nos ha terminado de pagar lo que nos debe, tuvo que matarse antes de que nos la pagara, pero venganza es venganza y este Angelito nos buscó y nos ha encontrado —decía con voz de sanguinario el tal Bamban, acariciándose a la vez la transversal cicatriz que le recorría el lado izquierdo de la cara. Con la otra mano, a través de la ventanilla, disparaba inmisericordemente. El llamado Bamban, el temible Bamban, el asesino a sueldo, quien era ahora el nuevo jefe de la Banda de Perro Bravo. Un joven de apenas veintidós años, alto y corpulento de piel blanca, de ojos marrones y cabellos castaños ondulados que le caían sobre los hombros, quien siempre estaba vestido de negro, pantalón, camiseta sin mangas y chaqueta de igual color y calzado con botas vaqueras de color negro también. A su lado, conducía en silencio, con una expresión de verdugo insaciable en su rostro, el llamado Negro Malo, otro joven de veinte años, de mediana estatura, también corpulento y de piel oscura y cabeza rapada, usaba una argolla como zarcillo en la oreja derecha y un gran tatuaje de una cobra con cabeza de calavera en el brazo izquierdo, siempre vestía con pantalones y franelas de cortes anchos de

colores muy vivos, zapatos deportivos de iguales tonos escandalosos.

Tras recorrer muchas cuadras, por diferentes calles de la ciudad, cuando ya casi parecía que habían logrado escapar de los bandidos, Cristóbal maniobró certeramente para no chocar contra un camión en una esquina, pero, en el brusco movimiento van a dar sobre una de las aceras laterales, frente a los jardines de una iglesia católica. En ese instante preciso, el motor del auto caprichosamente dejó de funcionar. Y luego de insistir varias veces para ponerlo en marcha nuevamente, comprendieron que en ese momento la huída debía hacerse a pié.

Bajaron apresuradamente del automóvil y sin mucho pensarlo, treparon por las rejas finamente torneadas que los llevarían al jardín de aquel templo. Una vez allí, lograron penetrar al interior del edificio a través de una pequeña ventana que se encontraba abierta. Afuera, al mismo tiempo, se escuchaba el rechinar de unos neumáticos tratando de detener su marcha.

El interior de la iglesia era muy espacioso, con paredes y columnas muy altas, con varias capillas laterales; era aquél un templo de estilo muy clásico similar al gótico.

La serenidad de aquél lugar, de aquél ambiente en penumbras, los hizo tranquilizarse un poco de su agitada conmoción. Sus ojos recorrían nerviosos, atentos, todos los rincones. No había nadie, absolutamente nadie, pero ¿Estarían seguros allí?

De pronto, un ruido en el jardín les transformó la aparente tranquilidad, convirtiendo en angustia y miedo a sus corazones latientes. Poco después, los ruidos se repetían una y otra vez. Eran pasos firmes, que buscaban quizás, una manera de entrar al recinto sagrado.

De nuevo el silencio lo envolvió todo. Solo escuchaban el sonido de sus angustiosas respiraciones, estaban a la expectativa. Hasta que unas voces irrumpieron en el vasto silencio. Sin duda, habían encontrado la misma entrada que les permitió a ellos refugiarse allí.

Esta situación los obligó a ocultarse sigilosamente detrás de unas columnas y desde allí pudieron observar a las dos figuras conocidas que se deslizaban cautelosamente, como ratas precavidas al asecho.

Paso a paso, poco a poco, lentamente, se fueron acercando aquellos asesinos hacia el escondite improvisado de sus víctimas. Ante el inminente peligro, Cristóbal y Angelito decidieron buscar un nuevo lugar para protegerse. Así que comenzaron a arrastrarse por el piso de mosaicos de colores blancos y negros, por entre los bancos de maderas negras de la nave

derecha. Desde allí, podían observar todos los movimientos de sus verdugos perseguidores, quienes a su vez caminaban vigilantes con pistolas en mano a través de la nave central, atentos a cualquier ruido. Pero a pesar del sumo cuidado de Cristóbal en sus movimientos, tropezó accidentalmente con uno de los bancos, quedando al descubierto frente a aquellos hombres. De inmediato, tomando a Angelito por la mano izquierda, corrieron hacia el altar mayor, mientras sus pasos eran seguidos por las ráfagas de balas que irrumpían como truenos en el vacío del recinto.

Una vez en el altar, penetraron por una de las puertas bellamente labradas, la del lado derecho, que como guardianes, custodiaban a cada lado del retablo principal. La abrieron y al entrar por ella se encontraron con un largo pasillo, estrecho y de techos altos. En aquél pasadizo, las ráfagas de balas les rozaban la piel como un viento frío hasta que lograron abrir una de las puertas ubicada en la pared derecha. Detrás de ésta, encontraron una amplia habitación y tras cerrarla rápidamente y pasarle el seguro, pudieron comprender que su única salvación estaría detrás de alguna de las dos puertas de maderas oscuras que se encontraban frente a frente en cada una de las paredes laterales, a la derecha e izquierda de ellos. Dentro de la habitación sin ventanas, de altas paredes, escuchaban los golpes insistentes, fallidos, de los otros hombres tratando de abrir la puerta desde afuera. Golpes infructuosos, solo eso escuchaban.

Sin pensarlo más, Cristóbal abrió desesperadamente la puerta ubicada a la izquierda, pero al hacerlo, solo dejó ver el reducido espacio de un baño con paredes recubierta por baldosas blancas. Ahora, más consternado aún, buscó abrir la otra, pero al primer intento vieron como la perilla no cedía, así que una y otra vez insistieron, hasta que al fin se abrió. Ahora los dos miraban felices, llenos de alegría, al encontrarse con otra habitación que tenía una pequeña puerta abierta y que daba hacia la nave derecha, desde allí, podían ver la multitud de pequeñas luces de las velas encendidas que se localizaban frente a las diferentes capillas ubicadas en esa ala de la iglesia.

Al verse liberados, con ventajas ahora para huir, corrieron a través de la nave central hacia una de las enormes puertas principales, en busca de la calle. Pero, mientras pensaban en esto, sus perseguidores nuevamente descargaban fuego sobre ellos. En ese instante, Cristóbal sintió que la sangre le mojaba la camisa. Una bala le había rozado el hombro izquierdo, hiriéndolo levemente.

De nuevo se echaron a correr, esta vez buscando refugio en una de las

puertas que daba hacia las escaleras del segundo nivel de la iglesia, hacia la torre sur del campanario, ubicada a la izquierda de ellos.

Desde allí arriba, se podía contemplar en todo su esplendor, la magnífica construcción a través de corredores con barandas de mármol gris oscuro, que rodeaban el interior alrededor de las tres naves, a más de ocho metros sobre el nivel del piso. Trataron, desde allí de abrir las puertas que daban hacia los dos campanarios, pero fue en vano el esfuerzo, pues ambas estaban fuertemente cerradas. Desesperados, corrían por aquellos estrechos, angostos pasadizos, mientras sus verdugos iban tras ellos en su feroz e incansable persecución.

Después, ocultos, agazapados en una sección oscura de aquellos corredores, lograron confundirlos. Los bandidos pasaron junto a ellos, con sus zapatos casi les rozaban los rostros, pero no los descubrieron.

Poco después los pudieron observar desde aquél rincón, los delincuentes caminaban sigilosos por el otro corredor ubicado al lado izquierdo de ellos, del cual los separaban las tres espaciosas naves, cuyos techos eran soportados por las gruesas columnas de mármol también gris oscuro.

Tal vez, sería esa la oportunidad que tendrían de escapar, pensaron Cristóbal y el niño, pero el temor que los embargaba les impedían moverse para dar, por lo menos, un paso, un paso a la salvación.

Observaban desde su rincón, hombre y niño, igualmente temerosos, cualquier indicio que les señalara una salida, un momento de escape. Estuvieron así, hasta que Angelito le señaló a su amigo, casi en un susurro, una de las ventanas que estaba ubicada, al igual que las otras tantas, alrededor de los corredores, con vitrales que representaban a diferentes santos de la cristiandad. Al parecer estaba abierta y daba hacia el tejado de la iglesia. Esa podría ser una nueva oportunidad de salvación, pensaron al unísono en sus mentes. Pero de pronto, repentinamente, un sonido profundo y ensordecedor, aunque muy agradable, vibró en el vacío. Y tanto, perseguidos como perseguidores, quedaron casi estáticos, paralizados. Eran las campanas del reloj de la iglesia, que repicaban señalando la medianoche.

Fue esta la oportunidad, aprovechando la confusión, que utilizaron Cristóbal y Angelito, para escapar por aquella ventana. Lentamente, casi arrastrándose sobre el piso, lograron llegar hasta ella y luego rápidamente salieron hacia el exterior. A Angelito, le pareció que la imagen del Arcángel Miguel, que era la figura representada en aquel vitral, le sonreía mientras le clavaba aún más la lanza al demonio, quien al parecer se quejó en tono bajo

ante la punzada. Sorprendido, cerró los ojos y tomándole la mano a Cristóbal casi vuela por encima de él.

Una vez afuera, observaron que se encontraban sobre el tejado lateral derecho del templo. Sentían el aire frío de la noche, salpicado por un suave rocío, perfumado por el aroma de las flores de los frondosos arbustos de jazmín sembrados en el jardín. Desde esa considerable altura, pudieron ver, con mucho regocijo, el auto blanco de Antonia, que habían dejado mal estacionado sobre la acera.

Aprovechando la mampostería profusamente ornamentada del edificio, lograron descender del tejado y tras escalar las rejas del jardín estuvieron nuevamente en la calle solitaria.

Subieron al automóvil rápidamente y al segundo intento lograron poner en marcha el motor. Aceleraron y a veloz marcha dejaron atrás la iglesia y a sus perseguidores, mientras a lo lejos se escuchaba el sonido de la sirena de un auto patrulla de la policía.

Mientras se dirigían raudos hacia el instituto, donde los esperaba Antonia muy preocupada, Angelito exhausto aún, con la respiración entrecortada le dijo a Cristóbal, quien conducía con sus manos fuertemente aferradas al volante, mientras las gotas de sudor se deslizaban por su frente llegando hasta las mejillas:

—Lo hice por él, por Manu, él era mi mejor amigo, yo lo quería como a un hermano...

—Lo sé amigo mío, yo también lo quería mucho y me duele tanto como a ti —le respondió Cristóbal, a la vez que lo abrazaba tiernamente con su brazo derecho mientras conducía por una solitaria avenida.

Era muy de madrugada cuando llegaron al instituto. Antonia, quien estaba sumamente preocupada, salió al encuentro de ellos, junto a Eileen, una de las auxiliares y del vigilante nocturno del lugar, el señor Nicasio Martin.

—Pensé que no te iba a encontrar aquí a estas horas —le dijo Cristóbal, un poco extrañado del encuentro.

—¿Qué te pasó en el hombro? Estás herido, sangrando —le preguntó Antonia, mirando la camisa ensangrentada.

—No te preocupes es solo un rasguño, no me duele.

—Estaba tan preocupada, que bueno que regresaron —les dijo una Antonia

angustiada— no solo por ustedes. Sucedió algo terrible. Sebastián se escapó poco después del mediodía y hasta ahora no hemos sabido nada de él, no lo podemos encontrar, ya le dimos parte a la policía pero tampoco han dado con él.

—¿Y nadie sabe adónde pudo haber ido? —preguntó Cristóbal, muy preocupado ante las palabras de la mujer.

—No, no tenemos ni la más mínima idea de adonde pudo haber ido ese niño, lo salimos a buscar por los alrededores, pero no lo encontramos —tras una pequeña pausa: —poco antes de irse, estuvo llorando, llamando a Angelito. Luego, se fue sin que nadie lo viera, no sabemos como lo hizo. Estoy desesperada Cristóbal.

Al escuchar aquellas palabras, Angelito, se echó a llorar, mientras se sentaba sobre las escaleras de la entrada principal que llevaban hacia el porche.

—Yo tengo la culpa, yo tengo la culpa porque me fui... si a él le pasa algo yo no sé...

En ese momento, Cristóbal se le acercó y con palabras llenas de consuelo le dijo:

—Tú no tienes culpa de nada. Vamos levántate y ve a dormir, estás muy cansado, recuerda como casi te quedas dormido en el carro. Duerme, ya verás cómo mañana cuando te despiertes, Sebastián va a estar aquí.

—Pero él no sabe andar solo en la calle, Cristóbal -.le decía el niño entre sollozos.

—No te preocupes que la policía lo está buscando, ya lo encontrarán sano y salvo —y diciendo estas palabras, lo ayudaba a entrar a la casa.

Cristóbal y Antonia, decidieron esperar esa noche cualquier información que les pudiera proporcionar la policía sobre el paradero de Sebastián. Estuvieron despiertos hasta tarde, a la espera de cualquier llamada telefónica con buenas noticias, pero fue infructuoso. Mientras tanto, Antonia le curó a Cristóbal la pequeña herida en el hombro y escuchó atenta y con asombro su relato sobre todo lo sucedido.

Eran casi las cuatro de la mañana cuando sonó el teléfono. Antonia, tomó el auricular para escuchar la voz de un policía que le informaba que habían localizado a un niño muy mal herido, que reunía las mismas características de

Sebastián.

—¿Pero está muy mal? —le preguntó ella, casi al borde de las lágrimas.

—Lo están sometiendo a una operación en estos momentos, no sabría informarle cual es su estado, se encuentra en el Hospital Central —le respondió una voz áspera de hombre al otro lado del auricular.

—Esta bien oficial, muchas gracias por informarnos. Vamos saliendo hacia el hospital a verificar si es Sebastián ese niño que usted dice.

Antonia colgó el teléfono y llorando le dijo a Cristóbal lo sucedido. De inmediato salieron del instituto rumbo a dicho centro de salud. Allí, vivirían varias horas de angustia e incertidumbre.

Efectivamente, ese niño era Sebastián. Su estado era sumamente grave, según el diagnóstico de los médicos, estos hacían todo lo posible, todo lo que estaba dentro de sus posibilidades, para salvarle la vida.

—¿Pero que le pasó? —preguntó Antonia, un poco más serena, gracias a un tranquilizante suministrado por una amable enfermera.

Uno de los policías que allí estaban, le informaría que el pequeño había sido visto por varias personas deambulando solo, cerca del lugar donde fue encontrado, al parecer, había caído al vacío desde un puente.

—Fue encontrado debajo del puente, estaba inconsciente y con esto en la mano —les dijo el oficial, a la vez que les entregaba un papel. Era el dibujo que Sebastián le había regalado a Angelito la mañana anterior y que este había dejado olvidado sobre una mesa, cuando tras ver el periódico aquel, salió en veloz huída.

Antonia y Cristóbal quedaron solos, callados un poco después. Las horas transcurrían en medio de la incertidumbre, de la espera desesperante, interminable. Por momentos, se cruzaban algunas palabras, solo eran breves diálogos desgastados, inconclusos. Otra vez se quedaban silenciosos, callados, en la casi soledad de aquel hospital. Apenas estaba amaneciendo.

Por el largo y solitario pasillo se perdía una mujer, casi una silueta cuando desapareció al final de este. Cristóbal y Ana, su esposa, la estuvieron siguiendo con sus ojos cansados sin realmente estar viéndola. Estaban en medio de una hora más que transcurría, una de las horas angustiantes, interminables. Desde la pequeña sala de espera, los dos veían pasar el tiempo, esperando una respuesta, una sentencia quizás. Al otro lado de una puerta, en

el quirófano, su hijo se debatía contra la muerte, en una operación sumamente delicada del corazón. Sabrían, aquella misma noche, si los esfuerzos de todos esos meses pasados habían sido infructuosos o no, si el niño volvería a caminar, a correr, a jugar como todos los demás niños.

—No te preocupes, cariño, que todo va a salir bien, ya lo verás —le decía Cristóbal a su esposa, dándose un consuelo, una esperanza más bien a sí mismo.

¿Cuántas veces había repetido las mismas palabras en los últimos días? Se preguntaba así mismo. ¿Cuántas veces había tratado de darle un aliento, un consuelo a Ana? Cuando lo que buscaba era solamente fuerzas para él mismo mantenerse en pie, en medio de aquella tempestad.

En el silencio de aquel lugar, el tono suave de la voz de Ana retumbó en el vacío, en la soledad del salón. Él la miraba con ojos angustiosos, escuchándola atento.

—Esta tarde volvió a llamar tu hermano Fernando. —le dijo ella.

Cristóbal reaccionando, como si lo hubiesen despertado de una somnolencia, le respondió inmediatamente con voz seca, casi en un reproche:

—Ya te he dicho que no quiero que hables con él. Lo hemos hablado muchas veces.

—Solo quería saber del niño y me dijo que si necesitábamos alguna cosa, lo llamáramos —le dijo Ana, algo temerosa.

—Jamás lo molestaría para nada. ¿Desde cuándo se ha preocupado el por mí, por mi familia? ¿Pensó en mi cuando se quedó con todo lo que nos dejó papá al morir? Yo era aún un niño y no sabía lo que él estaba haciendo con todos esos documentos de la herencia, hasta que cuando fui mayor de edad y quise reclamar mi parte me di cuenta que ya no tenía nada, más que una vieja casita en el centro del pueblo donde vivíamos. Él se había quedado con todo en complicidad con el abogado de mi papá. —Y después, como tomando un poco de aire:

—Que se vaya a la mierda, no lo necesitamos.

—Pero él es tú hermano, mi amor, ¿Por qué no olvidas esos viejos rencores? No es bueno albergar malos sentimientos.

—Las cosas pasan y el tiempo también, pero se recuerdan y están allí, vuelven a herir —le decía Cristóbal rememorando días pasados, muy lejanos ahora en su mente.

—Pero él solo quiere ayudarnos, cariño.

—Más ayuda hemos recibido de Antonia que solo es nuestra amiga, en las

buenas y en las malas, siempre que la hemos necesitado está allí.

Ninguno de los dos tomó la palabra otra vez, quedaron callados, con las palabras en el aire, las miradas en sí mismos.

Era otro diálogo que parecía quedar inconcluso como muchos.

—Él es la única familia que tienes —fueron las palabras de Ana luego del pausado silencio.

Cristóbal no le respondió, parecía ignorar la frase de su esposa. Ensimismado, miraba desde su asiento a ninguna parte, poco después se levantaba de la silla, estirando su espigado cuerpo.

—Bajaré un momento al cafetín —le dijo lentamente -te traeré un café.

—Si mi amor, anda, así le haces compañía a Antonia, que debe estar aún allá —le decía suavemente Ana -la buena Antonia, mi querida Antonia.

—¿La quieres mucho, verdad? —le preguntaba Cristóbal, tomándole una mano para luego darle un beso en la frente.

—Así es, ella es como mi hermana —le respondió ella con una sonrisa.

Cristóbal caminó por el largo pasillo casi en penumbras, desde lejos se escuchaba la sirena de una ambulancia mientras una voz de mujer decía algo a través de un altavoz. Al final del pasillo, se perdía también aquella figura que habían seguido los ojos cansados de Ana.

Desde las vidrieras del cafetín, en la oscuridad disipada por las luces de los faroles, se observaba el raudo desplazamiento de una ambulancia. Las pocas personas que se encontraban en el amplio local, en su mayoría médicos y enfermeras ignoraron el paso fugaz del vehículo. Cristóbal como un espectro, un sonámbulo, empujó la puerta de cristal y entró al lugar. Una voz conocida, muy familiar a sus oídos le hizo despertarse de sus pensamientos. En una mesa junto a una de las vidrieras estaba sentada Antonia, sonriéndole desde su rincón mientras bebía un sorbo de café. Cristóbal se acercó a la mesa, sentándose frente a ella. Antonia lo miraba fijamente, él apenas le sonrió.

—¿Cómo va todo? —preguntó la mujer.

—Todavía lo están operando —le contestó él enjuagándose los ojos con una de sus manos, el sueño quería abatirlo.

—¿Y Ana, ya está más tranquila?

—Sí, se tranquilizó, tiene mucha fe en que todo va a salir bien.

—Desearía tener el valor que tiene ella, es una gran mujer, —Antonia continuaba mirando fijamente a los ojos de Cristóbal y luego dijo: —Una mujer con suerte, tiene una hermosa familia, un hijo precioso, un esposo

maravilloso, un buen hombre.

Cristóbal le correspondió la mirada y ambos se contemplaron por un momento, luego él le dijo:

—¿Por qué has permanecido tan sola? Eres una mujer tan buena y bella, muchos hombres en el mundo desearían tener a una mujer como tú.

Antonia desvió la mirada de los ojos de Cristóbal, estaba nerviosa, titubeante ante las palabras de Cristóbal. Miraba hacia afuera a través de la vidriera, veía todo y no veía nada en realidad.

—A veces yo también me hago la misma pregunta —le decía ella mirando todavía hacia afuera— pero no encuentro la verdadera respuesta o quizás no la quiero aceptar, no debería. Tal vez uno de esos hombres que tú dices que desearía tener una mujer como yo, no se ha dado cuenta que la ha tenido frente a él durante mucho tiempo.

En ese instante llegó el mesonero con una taza de café que había pedido Cristóbal. Un médico y dos enfermeras que habían estado sentados en la mesa que estaba frente a la de ellos se levantaban de sus sillas para retirarse. En ellos posó la mirada Antonia, pensativa, mirándolos irse, mirándolos sin estar haciéndolo. Cristóbal bebía un sorbo de café, sus ojos se distraían mirando hacia afuera.

—Vamos, Ana está sola —dijo repentinamente Cristóbal.

Antonia silenciosa, se levantó lentamente. Cristóbal hacía lo mismo frente a ella. De pronto, sus ojos se cruzaron, se clavaron unos a los otros. Estuvieron así, mirándose por unos segundos, por un instante corto.

—Señor, su café para llevar —interrumpió el mesonero, dejando sobre la mesa un pequeño vaso plástico con un líquido de color marrón oscuro y humeante.

Y tras pagar la cuenta, Cristóbal volviéndose hacia la silenciosa mujer:

—Vamos Antonia.

La noche era tranquila, fresca, tal vez un poco fría. Un reloj grande con números romanos, en lo alto de uno de los edificios del hospital, marcaba el borde de la medianoche. Por un jardín en penumbras, bordeando el edificio de hospitalización, Antonia y Cristóbal caminaban en silencio. Unos pasos antes de entrar al edificio, se detuvieron en la penumbra, todo alrededor estaba solo. En el cielo oscuro las estrellas titilaban, una hermosa noche estaba en su apogeo.

—Te amo Cristóbal —le dijo repentinamente Antonia y sus ojos se posaban nuevamente en los de él.

Cristóbal parecía no sorprenderse ante la confesión de la mujer. Tal vez en su interior ya lo sabía, lo sentía. Ahora también la miraba, se miraban los dos, nadie los miraba. Ella se acercó lentamente a él, lo miraba deseosa, atenta. Él dio un paso hacia ella y ya le estaba rozando los senos duros, firmes con su pecho. La tomó por el delgado talle, le buscó los labios. Ella temblaba, vibraba de amor y también le buscó los labios carnosos, brillantes. Se besaron, era un beso profundo, tierno y fuerte, largo y deseoso.

—Es una locura —dijo Antonia abrazándolo. El también la abrazaba, no dijo nada, parecía dejarse llevar.

Unos pasos, detrás de ellos, se detuvieron repentinamente. Ambos abrieron los ojos y se volvieron hacia el lugar de donde provenían las pisadas.

Asombrados, nerviosos, titubeantes observaron a Ana. Estaba parada a corta distancia de ellos, mirándolos, tan confundida como ellos dos. Sus ojos buscaban una explicación, una excusa estúpida, una razón. Lo comprendía todo y no comprendía nada. Estuvieron así, mirándose los tres por un momento, había tantas cosas que decir y no había palabras.

—Todo salió bien —dijo Ana simplemente, dándoles la espalda mientras regresaba otra vez por el largo y solitario pasillo de la entrada.

Cristóbal miró a Antonia, ella lo miraba a él. No dijeron nada, nada había que decir. Sabían lo que iba a suceder, sabían lo que habían hecho.

Cristóbal sin decirle nada se marchó detrás de Ana. En su mente solo había cabida, en ese momento, para un solo pensamiento: su hijo. Mientras tanto, Antonia lo miraba alejarse, parada en medio de la soledad de esa noche, de ese oscuro lugar. Una lágrima se deslizó por su mejilla suave, tersa, hasta los labios que antes habían sido besados.

—Ana espera por favor, vamos a hablar —le decía Cristóbal mientras apuraba los pasos.

Ella se detuvo de repente a la mitad del largo pasillo y le dijo con lágrimas en sus ojos y la voz entrecortada:

—Me traicionaron, las dos personas además de mi hijo en las que más confiaba y quería en este mundo me traicionaron. Yo lo sentía, realmente lo sabía en mi corazón, aunque no tenía pruebas, pero el destino quiso que en esta precisa noche viera la realidad. ¿Sabes? Estoy cansada de todo esto, son un par de descarados, no pudieron esperar que pasara esta difícil situación, tu hijo debatiéndose contra la muerte en ese quirófano y tú y mi mejor amiga entregándose a la pasión. ¿Eso es lo que te importa tu hijo? ¿No podían esperar otro momento? Se acabó Cristóbal. Estoy cansada de hacer el papel de

la estúpida esposa y amiga. Estoy harta de pelear contigo, ya ni me importa lo que hagan. Solo quiero estar tranquila, solo me importa mi hijo.

Cristóbal la escuchaba unos dos metros frente a ella, mientras sus ojos se nublaban de lágrimas y tratando de dar un paso adelante, quiso decir algo, pero ella retomando nuevamente sus palabras:

—No te acerques, más bien aléjate. Después que pase todo esto y el niño se recupere me iré tan lejos con él que nunca más sabrás de nosotros.

Y así, dándose media vuelta, continuó caminando con pasos rápidos hasta perderse por aquél solitario pasadizo.

Un suave resplandor se asomaba por la ventana al final de un pasillo. Ruidos que poco a poco se iban haciendo más constantes, más perceptibles, inundaban desde afuera el silencioso ambiente. Otro día estaba comenzado.

Cristóbal miró su reloj, eran las diez de la mañana. Se volvió hacia Antonia, quien se encontraba sentada pensativa, distraída en nada y le dijo sin que ella preguntara:

—Van a ser las diez.

—¿Qué pasa Cristóbal? —le preguntó Antonia al verlo silencioso otra vez.

—Nada, solo estaba pensando.

Unos minutos después los médicos con cara de plena satisfacción abandonaban el quirófano.

—Todo salió perfecto, no pudo haber sido mejor —les informó uno de los dos galenos, el doctor Arturo De Soto, amigo de Antonia. Un hombre maduro de cincuenta años de aspecto nórdico, alto y corpulento; muy rubio y de ojos azules, con una barba muy bien cuidada y de fácil sonrisa.

—Se va a recuperar rápido, es un muchachito muy fuerte —le dijo el otro médico, el doctor Romano Plasencia, un joven de veinticinco años, de aspecto jovial, mediana estatura y piel bronceada por los tantos días de sol en las playas, era un surfista empedernido.

Mientras celebraban en ese momento la buena noticia, llegó Eillen, presurosa, preocupada. Y les diría en tono muy nervioso:

—Pensé que Angelito estaría aquí con ustedes.

—¿Qué pasó con él? —preguntó de inmediato Cristóbal.

—Cuando fui a su cuarto no lo encontré y no está en ninguna parte del

instituto, eso fue hace como dos horas —respondió la muchacha sumamente preocupada.

—¡Oh! No Dios mío, no pudo volver a huir —exclamó Antonia mirando la cara de preocupación que se dibujaba en el rostro de Cristóbal.

—No se preocupen que yo lo encontraré —dijo Cristóbal mirando a Antonia.

—Cuídate, no quiero que te vuelva a suceder nada. Recuerda que esos hombres son muy peligrosos, como me dijiste esta madrugada —le suplicaba, casi en un consejo Antonia, mientras daba unos pasos junto a él. Luego, se detuvo en medio del pasillo mirando cómo se alejaba.

La mañana estaba radiante, era el sol de las once que bronceaba el ambiente todo. En las calles el tráfico y las personas se confundían entre sí. Caminaban, hablaban, reían, eran caras desconocidas, rostros anónimos, ajenos unos a los otros, en el mismo lugar, en el mismo tiempo.

Cristóbal sin estar seguro de adonde ir, se desplazaba a poca velocidad en el auto de Antonia por una de las avenidas cercanas al hospital. En su mente solo se dibujaba la idea de encontrar al niño, solo eso ocupaba sus pensamientos.

Y aún pensaba en ello cuando al virar el volante en una esquina la figura de un niño que caminaba con pasos lentos, como confundido, vacilante, con la mirada abajo, le hizo disminuir aún más la velocidad.

Aquel niño era Angelito, que permanecía ajeno a todo y quien continuó caminando con sus pasos lentos, aún cuando se dio cuenta que Cristóbal estacionaba el auto a un lado de la acera, cerca de él.

—¿Adonde pensabas ir? Pensé que habías vuelto a huir —le preguntó Cristóbal tratando de igualar los pasos del niño, pero este continuaba en silencio, como si no lo estuviera escuchando.

—¿Sabes que encontraron a Sebastián? —replicó nuevamente Cristóbal.

En ese instante, al escuchar aquellas palabras, Angelito detuvo sus pasos y le contestó, mirando las flores de colores del parque por el cual pasaban:

—Sí, pero está muerto —continuó caminando mientras las flores del borde se movían graciosamente al rozar sus pantalones con ellas.

—No, él está vivo, solo está herido —repuso Cristóbal, un poco sorprendido ante la respuesta del niño.

—Pero se va a morir, en la radio dijeron que había caído desde muy alto —repuso Angelito, casi al borde de las lágrimas.

—No Angelito, te equivocas, lo acaban de operar y los médicos dicen que

estará bien dentro de poco tiempo ¿Acaso no quieres que se salve?

—Claro que sí, quiero que se ponga bien, pero no lo voy a ver, no voy a volver con ustedes.

—No digas eso Angelito, ¿No has pensado en Sebastián? Cuando despierte va a comenzar a llamarte. ¿No vas a dejar que lllore por ti? Así no se va a recuperar.

Angelito permaneció callado mientras se dirigía lentamente hacia una fuente de agua del parque, luego sentándose en uno de sus bordes, sin mirar a su amigo le dijo:

—Esta madrugada no podía dormir, tenía miedo de que le pasara algo a Sebastián, yo sabía que algo malo le iba a pasar, por eso me fui antes de que amaneciera. Lo quería encontrar, Cristóbal, tú me entiendes —y diciendo estas palabras se echó a llorar.

Cristóbal al ver sus lágrimas se arrodilló frente a él y le dijo:

—No quisiera verte llorar nunca más y solo Dios sabe que daría cualquier cosa por eso.

—Tú eres tan bueno conmigo y ni siquiera eres nada mío —le decía Angelito tratando en vano de dejar de llorar—. ¿Sabes? Me gustaría tener un papá como tú. Siempre he querido tener un papá para jugar y andar con él por todas partes y decirle a todo el mundo: ¡Este es mi papá! ¡Yo también tengo un papá! Pero yo no tengo a nadie, estoy solo. Te dije mentiras amigo, no era verdad que mis papás murieron en un accidente. Ellos me botaron, no me querían, no se quienes son. ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

Cristóbal se inclinó sobre él, abrazándolo fuertemente, como un padre a un hijo. Por una de sus mejillas caía una lágrima que no se pudo contener, era como una gota de agua corriendo sobre un suelo reseco, estéril.

—Yo te voy a cuidar como si fueras mi hijo, te quiero muchachito, te quiero. Tú me has enseñado a querer a alguien otra vez. No llores más pequeño, estoy aquí contigo...

Fue un atardecer sereno y tranquilo. Un día cualquiera de diciembre, con la navidad tocando a las puertas. Ya el ambiente festivo de las pascuas lo abrazaba todo.

En el instituto de Educación Especial los preparativos no se hacían esperar. Atrás se habían quedado aquellos días de angustia e incertidumbres.

Y aunque Sebastián permanecía recuperándose en el hospital, fuera de peligro, las cosas parecían ir por buen camino. Quizás nada podría romper aquél equilibrio tan bien logrado.

Para esos días, como era costumbre, el instituto permanecía casi desierto, pues todos los niños, incluso los internos se encontraban de vacaciones en un campamento para niños especiales en las afueras de la ciudad. Allí compartían con niños de otras instituciones similares. Era un ambiente natural, hermoso, sano, lejos del bullicio de la civilización. En dos semanas estarían de regreso para la fiesta de navidad. Luego, cada uno deberá volver a su casa, con sus familias para pasar el resto de las vacaciones de fin de año. Otros, como Sebastián, permanecerán en el instituto, sin familia, sin nadie que se alegre de verlo, con el único afecto que le pueden regalar personas ajenas a él, con el cariño que le pueden ofrecer Antonia, Angelito y Cristóbal.

Aquella tarde, en el silencio casi ideal, solo las voces de aquellos tres seres irrumpían en el ambiente solitario de uno de los salones de clase. El resto del personal ya había finalizado sus actividades a esas horas y se habían marchado a sus hogares.

Los tres estaban sentados en torno a una mesa en aquél salón de la planta baja, concentrados en la elaboración de los adornos que engalanarían el lugar para la fiesta de navidad.

Serían ya las siete de la noche, cuando el señor Nicasio Martín, el vigilante nocturno del instituto, tocaba a la puerta para hacerles saber que a esa hora comenzaría su labor de resguardo.

Una vez que se retiró aquél hombre, Antonia, dirigiéndose a Angelito le dijo:

—Si estás cansado puedes irte a descansar o a ver la televisión.

—No, no estoy cansado, además quiero terminar este regalo que le estoy haciendo a Sebastián.

—¡Ah! Veo que ya sabes leer y escribir mucho mejor —le decía Antonia mirando el trozo de cartulina de color blanco con algo escrito en uno de sus extremos, eran letras tortuosas, casi unos garabatos torpemente escritos.

—No sabía que hubieras aprendido tan rápido —expresó Cristóbal.

—Bueno, aprendí más o menos —contestó él sonriendo.

—Eso me parece muy bien, ya era tiempo de que le recompensarás a Eillen todo lo que te ha dedicado para que aprendieras a leer y escribir —le dijo nuevamente Cristóbal, a la vez que le pasaba la mano sobre la cabeza.

Al poco rato, Angelito se levantó de su silla y despidiéndose de los demás

salió por la puerta que daba hacia el pasillo que llevaba hacia la cocina, una puerta lateral, más pequeña que la puerta principal del salón.

Antes de cerrar la puerta tras de sí, Angelito dirigiéndose a los dos preguntó:

—¿Sebastián va a ponerse bien, verdad?

—Claro que sí Angelito, ya te lo hemos dicho muchas veces —le respondió Antonia.

—Por supuesto Angelito —replicó Cristóbal—. Él pronto se pondrá bien, acuérdate de pedir a Dios porque así sea.

El sonido de la puerta al cerrarse interrumpió el diálogo, finalizando la conversación improvisada. Solo Cristóbal y Antonia quedaron allí, mirando en silencio hacia ese lado del salón.

—Es como el hijo que nunca tuve —exclamó Antonia.

—Es como el hijo que abandoné —dijo Cristóbal.

Esa noche de navidad fue muy fría. Una improvisada lluvia había caído al atardecer, por lo que el ambiente se había impregnado de una humedad penetrante, helada.

En el pequeño apartamento, Cristóbal terminaba de adornar el árbol de navidad. Ana, en la cocina, horneaba un pollo, a la vez que daba los últimos aderezos a una torta. Se sentían felices, dichosos de estar juntos. Era la primera navidad que pasaban juntos desde que se habían conocido en la universidad dos años atrás.

—Mi amor ¿Terminaste de colocar las bambalinas? —dijo Ana desde la cocina.

—Solo me falta colocar la estrella, cariño, y termino.

Ana se acercó a la sala, mirando en silencio al distraído hombre que desde una silla trataba de colocar una estrella dorada sobre el árbol de navidad.

—Es nuestro primer árbol de navidad —dijo de repente Ana.

—Sí, el primero juntos y después vendrán muchos más, como cien árboles más —le decía Cristóbal acercándose a ella para luego abrazarla y darle un beso lleno de ternura.

—Estas preciosa, Ana —le dijo después.

—Y tú también, estas muy elegante, voy a tener que estar más vigilante contigo esta noche, no vaya a ser que...

—No vaya a ser que mi mujer, tan bella como se encuentra esta noche, vaya a ser asediada por unos cuantos galanes...

Vestidos elegantemente, él con un traje azul marino y corbata de color rojo y ella con un vestido de falda amplia color blanco y el cabello suelto negro ondulado que le caía sobre los hombros, estaban abrazados en la sala, entregados a sus besos, a las caricias, sin miedos ni temor a las censuras.

—En estos momentos estaríamos con mi familia, en mi ciudad —dijo Ana mientras sentía los brazos que la estrechaban.

—No vayamos a continuar otra vez con ese tema, mi vida.

—Es que no lo puedo evitar, cariño, para mí la familia fue siempre lo primero. A veces me siento como una traidora, me hace sentir tan mal.

—¿Estás arrepentida de haberlo hecho?

—No, no mi amor, creo que nunca me arrepentiré porque te amo, te amo mucho, es que... si al menos nos hubiéramos casado por la ley, no nos hubiéramos fugado así...

—¿Sabes Ana? A veces me haces pensar que realmente no me quieres como dices, termina de una vez con esos convencionalismos, ya no puedes retroceder el tiempo. Al final, un día u otro tu familia terminará aceptándolo. ¿O es que de verdad no estás segura de que me quieres?

—Claro que te quiero, ¿cómo no voy a quererte? ¿Acaso crees que le voy a dar un hijo a un hombre al que no amo?

Cristóbal no respondió esta vez. No estaba seguro de haber escuchado, de haber comprendido aquellas palabras. Sin poder compaginar aún sus ideas le preguntó:

—¿Quién va a tener un hijo? ¿Cuál hijo?

—Nosotros, tonto, tú y yo vamos a tener un hijo. ¡Vamos a ser padres!

—¿Pero cuándo? ¿Cuándo lo supiste?

—Lo supe esta mañana, fui al médico y me lo confirmó. Seremos padres dentro de siete meses señor Montero.

—No lo puedo creer, Dios mío, un hijo —decía Cristóbal sin poder, ni querer ocultar la emoción que sentía—. ¡No sé si esté preparado para ser padre!

Ana enmudeció en ese momento, solo escuchaba las palabras confusas de Cristóbal. De su cara se había borrado aquella expresión de alegría con la que le había dado la noticia minutos antes.

—Yo también pensé eso Cristóbal.

—¿En qué cosa, cariño?

—Quizás este no es el mejor momento para traer un hijo al mundo. Tenemos tantos problemas ya, apenas estamos estableciéndonos ¿No sé qué pasó? ¿Qué falló? Yo me estaba cuidando, tú sabes.

—¿Qué estás diciendo cariño? ¿Qué importa el momento? Es nuestro hijo, al diablo las dificultades. Aprenderemos a ser padres. Iremos a alguna escuela, haremos un curso para aprender a cuidar bebés, que sé yo o cualquier cosa.

—¿Una escuela? Se te ocurre cada cosa, mi amor —le decía Ana riendo ante la ocurrencia de Cristóbal.

—¿Sabes mi amor? Creo que nos estamos poniendo viejos —le dijo Cristóbal fingiendo seriedad.

—Creo que sí cariño, empiezo a sentirme como una vieja de veintitrés años casada con un viejito de veinticinco.

Ambos se echaron a reír. Se sentían más felices que nunca. Optimistas ante el futuro. Seguros de sí mismos, de lo que eran, de lo que iban a ser.

Unos minutos más tarde sonó el timbre de la puerta. Un pequeño reloj sobre una consola marcaba las nueve y media. Ana abrió la puerta y saludó con mucha emoción a alguien. Era Antonia, su buena amiga, quien vestida de manera elegante, como siempre, con un vestido rojo ajustado y el cabello rubio peinado con un moño que le dejaba ver su largo y sensual cuello, entraba sonriendo al apartamento. En sus manos traía una botella de vino tinto con la cual brindarían momentos después.

Las campanas de una iglesia se escucharon a lo lejos. Antonia observó que eran las ocho de la noche en su reloj. Como buscando la mirada de Cristóbal, detuvo sus ojos en él. De repente un poco inquieta le diría:

—Todos estos días no he hecho más que pensar en tu problema. Estoy preocupada por ustedes, tengo miedo de que algo les pueda suceder. ¿Por qué no hiciste la denuncia ante la policía desde un principio?

—No es tan fácil como lo crees —le contestaba él un poco pensativo -esa gente es muy peligrosa ¿Cuánto tiempo crees que puedan pasar detrás de las rejas? ¿Y mientras los capturan qué? Correríamos el mismo riesgo. Esos casos suceden todos los días. Como nosotros hay muchos, cientos en esta ciudad. Tantos que la policía resulta obsoleta para ayudarlos a todos.

—Cada noche, cuando me voy a casa y los dejo aquí casi solos, siento

temor de que esos hombres puedan hacerles algo. Nunca pensé que les estuviera pasando algo tan terrible, nunca pensé que los estuviera protegiendo, no lo supe, ni siquiera lo sospeché hasta que me lo dijiste aquella vez en el hospital.

—Cada hombre es una vida, cada vida es un mundo, un problema. —Le dijo Cristóbal.

—Pero no pueden pasar toda la vida huyendo y escondiéndose como prófugos de la injusticia.

—Sí lo sé y he pensado en eso, creo que ya tengo la solución.

—¿Y cuál es esa solución? —preguntó ella ansiosa.

—Esperaré a que pasen las navidades. En el año nuevo nos iremos a otra ciudad, muy lejos de aquí —le respondió él mirándola de frente, esperando ver la reacción de ella ante aquellas palabras.

—¿Irte de aquí? —le contestó Antonia muy sorprendida dejando escapar un vestigio de tristeza en su voz -.Claro es lo mejor, creo que tienes razón - volvió a decirle, pero esta vez tratando de ocultar los sentimientos que se le ahogaban en el corazón en ese instante. Deseando poder decirle lo que ahora le gritaba desde adentro y que él nunca escucharía de sus labios: ¡Quédate! ¡Quédate por favor!

Se escucharon unos pasos en el pasillo, al otro lado de la puerta del salón en el cual se encontraban. Fueron solo unos segundos, por un instante. Pero de nuevo el silencio lo volvió a invadir todo. Ambos permanecieron callados, en expectativa, aguardando.

Cristóbal, tras la breve espera, se levantó de su silla y dirigiéndose hacia la puerta la abrió lentamente a la vez que preguntaba:

—¿Quien está allí? —pero sus palabras se perdieron en el vacío sin encontrar respuesta.

—¿Eres tú Angelito, señor Nicasio? —de nuevo no encontró respuesta a sus interrogantes, solo el mismo silencio de la fría noche decembrina.

Antonia, ya un poco nerviosa, se levantó también de su silla. Seguía cada paso, cada palabra de Cristóbal. Todo sin ninguna respuesta.

Cuando pudieron volver de su sorpresa, comprendieron que algo terrible estaba por suceder. Habían quedado en la oscuridad. De pronto, las luces se apagaron como el fuego bajo el agua.

Por un instante permanecieron allí, cada quien en su lugar, en expectativa, esperando, aguardando, sin saber qué o a quién. Hasta que en medio de las penumbras, Cristóbal pudo observar la silueta de un hombre armado que se

acercaba caminando desde el fondo del pasillo principal. En su lento movimiento, apenas perceptible, hizo accionar su pistola. El disparo irrumpió en el vasto silencio. El grito de horror de Antonia y el golpe seco de la puerta al ser cerrada intempestivamente por Cristóbal siguieron a aquella detonación.

—¡Corre Antonia, son ellos! —gritó Cristóbal, tomando a la mujer por la mano izquierda en la oscuridad del salón.

De inmediato buscaron la otra puerta y corrieron por el pasillo que llevaba hasta la cocina en la parte posterior del edificio. Los golpes tratando de abrir la puerta del salón quedaban atrás, de nuevo un disparo, otra vez el silencio.

En medio de la oscuridad, Cristóbal y Antonia, corrían desesperados, tropezando una y otra vez en su huída.

—¡Angelito está solo! —le gritaba histérica Antonia, a la vez que se dirigía hacia el cuarto en donde se encontraba durmiendo el niño, ubicado cerca de la cocina.

Pero al llegar al pasillo que llevaba hasta la habitación, la sombra de un hombre que Cristóbal reconocería hasta en aquella oscuridad, los hizo volver en sus pasos.

Esta vez corrieron en busca de la puerta de la cocina que daba hacia afuera, pero en vano fueron sus esfuerzos, pues la puerta no abría, tal vez había sido muy bien cerrada por aquellos hombres sanguinarios.

Guiado por Antonia, Cristóbal siguió sus pasos hacia una puerta ubicada a un lado de las escaleras que comunicaban la cocina con la planta de arriba. Era la puerta del sótano, el cual estaba aún más oscuro. Los dos bajaron rápidamente las escaleras en medio de toda una confusión. Y sobre sus pasos, los de aquél hombre pisaban afanosos, sediento de sangre.

Una vez en medio del sótano, aquél hombre, el llamado Negro Malo, buscaba ansioso, desorientado, a sus víctimas.

Repentinamente, un golpe seco en el aire, hacía caer de bruces sobre el piso, como a un árbol derribado, al corpulento hombre.

Luego de golpearlo con un objeto, que ni ellos mismos lograron reconocer en esa oscuridad, Cristóbal y Antonia, como siluetas en las penumbras, corrieron hacia las escaleras.

Una vez arriba cerraron muy bien la puerta. Y en eso se encontraban, cuando un disparo en el aire los hizo reaccionar de nuevo ante el peligro.

Corrieron por las escaleras de la cocina que los llevarían a la planta alta de la edificación, mientras detrás de ellos el otro hombre, el Bamban, continuaba disparando.

Casi al borde del máximo terror, detuvieron sus pasos. Una sombra adelante, tal vez de alguien tan asombrado como ellos, se quedaba inmóvil, mirándolos. Era Angelito, quien después de escuchar los primeros disparos buscaba refugio para salvar su vida.

—¡Corran! ¡Corran! —les gritaba Cristóbal, corriendo a través del largo pasillo bordeado de puertas de madera de color blanco ubicadas a ambos lados. Al otro extremo de este, a un lado de la escalera principal que daba hacia la puerta de entrada de la casa, en la planta baja, se encontraba otra puerta que conducía al desván. Por ella entraron buscando un lugar seguro, un refugio para sus vidas. Y las ráfagas de los disparos continuaban destrozando en mil pedazos los cristales de las ventanas, de todo lo que había a su paso.

Cuando estuvieron dentro del desván trataron de cerrar la puerta, pero para aquél hombre armado, bandolero de profesión, las cerraduras eran solo un juego de niños.

Al hacer trizas la cerradura, penetró con cautela al desván. Subió poco a poco cada peldaño de la escalera que se abría frente a la puerta. Ahora estaba arriba, buscando afanoso, con la mirada de destellos y el arma atenta a cualquier movimiento. Por un momento le pareció como si nadie estuviera escondido en aquél lugar. De entre las penumbras apenas se podían observar viejos muebles y cajas amontonadas.

Ni siquiera un ruido vago alteraba el silencio, solo su respiración ansiosa podía escuchar. Recorriendo de nuevo con la mirada todo aquél lúgubre lugar, sus ojos se detuvieron mostrando un brillo triunfal al observar una imagen, una silueta, que parecía ser una cabellera de mujer, apenas visible de entre unas cajas apiladas en un rincón.

Poco a poco sus pasos lo llevaron hasta donde sus ojos no habían podido apartarse. Como tratando de disimular, titubeó por un momento, mirando hacia todas partes. De pronto, con una endemoniada rapidez en sus movimientos, tomó por el cabello a Antonia, quien estaba agazapada sobre el piso. El grito de error de la mujer vibró en medio del lugar. El hombre, luego la levantaría, halándola por los cabellos para golpearla inmisericordemente con la pistola, como si fuera una bestia.

Ante aquella escena de salvajismo desenfrenado, Cristóbal se lanzaría sobre el hombre, propinándole un duro golpe en la cara hasta hacerlo caer sobre unas cajas de madera. Antonia también caía casi desmayada, mientras Angelito trataba de ayudarla a levantarse.

—¡Corran! ¡Corran! ¡Salgan de aquí! —les gritaba Cristóbal, tratando de

luchar con su enemigo.

Era una batalla desleal. Cristóbal estaba en desventaja ante su verdugo, desmayado y con una fuerza física que no lograba superar a la de su adversario. Pero continuaba luchando como fiera, defendiendo a los suyos.

Antonia sumamente impresionada, aterrada corrió hacia las escaleras y salió del desván. Mientras tanto, Angelito se quedaba atrás, arriba, tratando de ayudar de manera infructuosa a su amigo.

—¡Mátalo! ¡Mátalo! —le gritaba el niño, a la vez que se lanzaba como un animal salvaje sobre la espalda del delincuente.

Antonia, tratando de buscar ayuda corrió por el pasillo buscando las escaleras que daban hacia la cocina. En su desesperada carrera, cuando ya sus pasos descendían los primeros escalones, su mirada de miedo se convirtió en terror. Allí abajo, a unos cuantos escalones frente a ella, unos ojos enrojecidos como el fuego la miraban fulminantes. Era el Negro Malo, el otro hombre que habían golpeado en el sótano, quien tambaleándose, trató de atraparla como un monstruo torpe pero fuerte. Estaba ensangrentado, herido por el golpe.

Antonia retrocedió rápidamente hacia el pasillo, buscando las otras escaleras, pero cuando apenas había llegado a la mitad de este, un brusco movimiento bajo sus pies la hizo caer de bruces sobre la alfombra color verde que se extendía a lo largo de aquél pasadizo. Cuando la aterrada mujer volvió la vista atrás, pudo observar con estupor como el fornido hombre halaba con fuerza hacia él la alfombra sobre la cual estaba ella tirada. La llevaba poco a poco hacia él, unas veces arrastrando la alfombra, otras desplazándose sobre la misma, mientras rasgaba la gruesa tela con una filosa navaja.

Antonia trató de levantarse, pero un fuerte dolor en la rodilla derecha se lo impidió. Así que, arrastrándose trató de buscar una salida.

El hombre fue más rápido que su víctima. Y ya cuando ella pensaba buscar refugio en una de las habitaciones que estaba a un lado del pasillo sintió una mano fría, tosca, que le apretaba el tobillo izquierdo. Desesperada, tomó el zapato del pie derecho y comenzó a golpear de manera enloquecida al hombre. Pero este seguía aferrado a ella, como un náufrago a su balsa. Antonia, continuó su frenética lucha por liberarse de su opresor, hasta que golpeándolo de forma certera en la cara logró zafarse de él.

Arrastrándose en medio de la oscuridad, entró a la habitación. No pudiendo cerrar la puerta, buscó refugio en un rincón cerca de dos camas. Tras ella, arrastrándose también entró el hombre con una cara ensangrentada, de una sangre muy roja, que brotaba de un pequeño surco en el lado izquierdo de la

frente, mientras que en la herida de la cabeza se podía ver un líquido negruzco, espeso, que se impregnaba de su cuero cabelludo rapado.

Antonia como le fue posible, dentro de sus posibilidades, logró subir a la cama y apenas pudiendo mantenerse en pié, comenzó a lanzar sobre el hombre los objetos que encontraba a su alcance, mientras gritaba desesperada, tratando de esquivar las manos del sujeto que intentaba agarrarla. De repente, el hombre se puso de pié y mirándola con odio, con ojos furiosos, se abalanzó sobre ella. Los gritos de Antonia parecían ahogarse bajo aquella masa de músculos que la oprimían.

Cristóbal escuchaba a lo lejos los gritos desesperados de Antonia, mientras continuaba luchando con el otro bandido. De pronto, Angelito que estaba observando desde la puerta del desván, aterrado, tomó un tubo de hierro que se encontraba en un rincón y de pronto golpeó por la nuca al malhechor, que en ese instante estaba en ventaja sobre el cuerpo de Cristóbal, el cual, desde el piso, boca arriba, pudo observar como el hombre sudoroso y ensangrentado, de pronto dejaba de golpearlo y caía inerte sobre él, tras escucharse un golpe seco. De inmediato, Angelito ayudó a Cristóbal a levantarse del suelo húmedo y corrieron hacia la habitación de la cual provenían aquellos gritos de terror.

Y cuando ya la mujer sentía que las fuerzas la estaban abandonando, apareció Cristóbal, quien se abalanzó, cual bestia, sobre el hombre, tomándole por los hombros para apartarlo de Antonia. En ese momento, también llegó Angelito, casi desfalleciendo del cansancio.

La mujer y el niño observaban la encarnizada lucha. Los hombres parecían animales fieros luchando por sus vidas. De pronto, Antonia, desesperada ante la escena que se desarrollaba frente a sus ojos, tomó una silla de madera para golpear, inmisericordemente, por la cabeza al delincuente. El hombre quedó inconsciente, una masa inerte de músculos yacía sobre Cristóbal, quien sumamente agotado y adolorido, apenas tuvo fuerzas para apartar aquel cuerpo de él.

—¿Estás bien Cristóbal? —le preguntó Antonia llorando.

—No te preocupes, estoy bien ¿Y tú? —le respondió Cristóbal con voz entrecortada por el cansancio y el dolor.

—Estoy aterrada, vámonos de aquí —dijo Antonia.

—¡Vámonos de aquí! —les gritó Angelito, muy asustado, aterrado.

—Si es lo mejor, busquemos ayuda —dijo Cristóbal.

—¿Qué le habrá pasado al señor Nicasio, lo habrán matado? —se

preguntaba Antonia.

Bajaron las escaleras, muy aturcidos, confundidos y cuando se dirigían hacia la puerta principal para salir de aquel infierno en penumbras, una voz grave, detrás de ellos, los hizo detenerse y volver la vista atrás.

—No se vayan, todavía no me han dejado entregarles mi regalo de navidad —les decía el Negro Malo, empuñando una pistola, tambaleándose de un lado a otro. Del surco de su frente apenas emanaba ahora una línea roja muy fina. Llevaba ahora puesta una gorra roja con blanco de San Nicolás, que había tomado de una caja con adornos de navidad que estaba en el pasillo.

Los tres se miraron más aterrorizados que antes.

—Por favor señor no nos mate —le imploraba Antonia llorando, casi arrodillándose.

—No Antonia, no le supliques a ese bastardo, es solo una basura —le gritaba Cristóbal, asumiendo una actitud desafiante, mientras Angelito en silencio miraba al Negro Malo con ojos de odio, como nunca había mirado a nadie.

—Desde aquí parecen ratas asustadas —les decía el Negro Malo, quien los miraba con pura malicia— ya no puedo esperar más, he deseado tanto este momento.

Y al empuñar la pistola hacia Cristóbal, un disparo estalló en la oscuridad. Al instante, el Negro Malo caía al suelo tratando de buscar apoyo en una de las paredes del pasillo principal, sobre la cual fue deslizando su espalda herida, dejando un barniz rojizo, cual óleo carmesí, sobre la blancura del muro.

—¡Es la policía, todos quietos! —gritó una voz en tono fuerte desde las penumbras. Al poco rato, varios disparos se escucharon, afuera caía abatido, acribillado desde el tejado de la casa, el otro hombre, el llamado Bamban. Un grito de dolor, luego un fuerte golpe seco, de un cuerpo inerte al estrellarse contra el suelo, puso fin a aquellas horas de terror.

—¿Se encuentran bien? —preguntó el señor Nicasio, el vigilante, con una linterna en la mano— no pude hacer nada, me golpearon y después me encerraron. El vigilante de al lado escuchó los disparos y llamó a la policía, ellos me sacaron del baño de la vigilancia.

—¿Hay alguien herido? —preguntó un hombre de aspecto poco amigable, que entraba en ese instante a la casa. Este se identificó como el comisario Sotomayor, sin darle importancia a las acostumbradas formalidades de presentación.

—No llores más, por favor, ya todo pasó —le decía Cristóbal a Antonia, tratando de consolarla, mientras la ayudaba a salir de la casa. Angelito caminaba tras ellos, en silencio.

Una cuadra más allá, se escuchaba la sirena de una ambulancia, la cual se confundía con los sonidos de las pertenecientes a las patrullas de la policía.

Todo aquel suceso fue registrado como un asalto a la propiedad privada. Antonia declaró a las autoridades que el par de delincuentes había penetrado al instituto con la intención de robar y que ellos trataron de defenderse. Al final, no había testigos que la contradijeran, porque tanto el Bamban como el Negro Malo habían muerto a manos de la policía. De esta manera, Antonia, trataba de proteger a Cristóbal y Angelito.

Angelito recogió unos papeles que estaban tirados por el piso. Luego de ordenarlos nuevamente los colocó en el estante de metal color gris que estaba a un lado de la puerta.

La noche era calurosa y apenas una débil brisa hacía titilar suavemente el fuego de la lámpara de gasolina colocada sobre la mesa de madera.

—Yo creo que no hicimos bien en irnos así —le decía Angelito a Cristóbal, quien trataba de remendar con una aguja un desgastado pantalón -no debíamos abandonar así a Antonia.

—No la abandonamos, ella no depende de nosotros, además no podíamos seguir viviendo bajo la sombra de ella todo el tiempo.

Pero, es que ella fue muy buena con nosotros.

—Lo que te pasa muchachito es que te acostumbraste a buena vida ¿Verdad? —le decía Cristóbal a manera de broma.

Angelito no dijo nada y continuó recogiendo los papeles que aún quedaban en el piso. Miró unas hojas escritas, amarillentas por el tiempo, después le dijo:

—Allá dejé buenos amigos, que seguro estarán acordándose de mí, así como yo me estoy acordando de ellos ahora. ¿Teníamos que irnos? ¿Como si siguiéramos huyendo? Ya ellos están muertos ¿De quién nos estamos escondiendo ahora Cristóbal?

—El hombre suspiro profundamente y mirando al niño le dijo:

—Antonia comprenderá, además le dejamos esa carta de despedida y agradecimiento.

—Ella es muy bonita y buena ¿verdad? —le decía Angelito sentándose en una de las sillas de la mesa—. Bueno, este remolque es mi hogar —volvió a decir el niño como tratando de convencerse a sí mismo.

—Un nuevo hogar es lo que nos espera en esa otra ciudad que te dije, aquí solo volvimos porque tú querías recoger esos papeles que guardas ahí, pero ya mañana mismo nos largamos de aquí. Debemos cuidarnos aún de los otros compinches de la banda de Perro Bravo y el Bamban que quedan por ahí, quizás quieran venganza. —Le dijo Cristóbal.

—Tranquilo mi pana, que esos lo que están es más contentos porque les quitaron de encima a esos malnacidos. Ahora que están bien muertos esos tres bichos, parece que los otros están formando una nueva banda y están peleando por ver quién será el nuevo jefe, eso me lo dijo Yuli, la amiga de Manu, hace rato cuando llegamos. —comentó Angelito, mientras extraía un legajo de viejos papeles de una pequeña bolsa de plástico.

Los dos permanecieron callados después de aquellas palabras. Y tras estar sumidos en sus pensamientos, Angelito comenzó a leer, casi tartamudeando, unas sucias hojas de papel escritas que habían estado guardadas en la parte baja del estante:

—“Cuando las heridas se vuelvan cicatrices y ya no duelan, cuando el recuerdo del pasado ya no cause temor ni añoranzas, cuando el tiempo ya no sea tiempo, cuando ya nada sea nada, ese será el momento. El punto de partida del comenzar de nuevo...”

Escuchando aquellas palabras, casi repitiéndolas como si las conociera de memoria, Cristóbal se levantó lentamente, confundido, entre los pensamientos que ahora se agolpaban en su mente.

—No, no es verdad esto que estoy escuchando. No, no lo es, no es posible, —se repetía Cristóbal, como convenciéndose a sí mismo mientras se acercaba al niño y le arrancaba de las manos los papeles que leía.

Ahora le preguntaba con una mirada pérdida como la de un demente ansioso:

—¿Donde encontraste estos papeles?

Angelito observando con cierto temor aquella reacción de su amigo, le respondió a la vez que se levantaba de la silla:

—Los encontré hace tiempo en el basurero, estaban en un maletín de cuero, viejo y sucio. ¿Tú sabes de quien son?

Cristóbal parecía ignorar las palabras del niño y como desesperado hojeaba una y otra vez, entablando un monólogo silencioso, mental.

—Las encontré de nuevo. Mis últimas novelas. ¿Donde las perdí? ¿Cuando se perdieron? Pensé que alguien me las había robado, pero no aquí están. Tras desaparecer, vuelven a mí nuevamente. Que suerte tienes Cristóbal —sonrió al decir esto—. Estuve con estos papeles todo el tiempo, tanto tiempo, de un lado para el otro, años tras años hasta que los perdí. Quizás fue un día en el que estuve borracho, como siempre, no se te olvide que eres un alcohólico, eres un loco, como todos los escritores. Dios ha querido que este niño se apareciera en mi camino y me enseñara a vivir, a vivir otra vez. Sí eso es, quiero vivir, quiero vivir.

Angelito lo continuaba observando, lo miraba ensimismado. Parecía que en ese instante solo existiera él solo, Cristóbal. ¿Estará loco? pensó.

—¿Qué te pasa Cristóbal? ¿Por qué te pones así? Si quieres boto ahora mismo esos papeles. ¿Algo que dice ahí es lo que te molesta? ¿Verdad?

Cristóbal, volviéndose hacia el niño lo miró y sonriéndole con ternura le dijo:

—Gracias, Angelito, gracias.

—¿Por qué me das las gracias?

—Gracias por hacerme ver que aún existo, que estoy vivo todavía. Gracias por hacerle ver a mis ojos que el sol brilla todos los días, que aún hay estrellas en la noche, que en algún lugar hay aire limpio... tú has aparecido en mi vida en un día oscuro, nublado y has alumbrado todos los días que he vivido después...por todo eso, gracias.

—¿Que estás diciendo? No entiendo.

—No importa, algún día lo entenderás, lo que importa ahora es que desde este momento tú y yo vamos a comenzar a subir, llegaremos muy alto. Todo el mundo sabrá de nosotros.

Y mientras le decía esto lo abrazaba caminando hacia la habitación.

—¿Y sabes otra cosa Angelito? Ya no beberé más. Ahora siento que no lo necesito. Ojalá nunca hubiera probado ni una gota de licor. ¿Sabes? Nunca lo hagas, eso no es bueno, esa es la esclavitud del hombre, es la perdición. Es peor que las mujeres. No hay nada como estar en nuestros propios cabales, seguros de cada paso y pensando por uno mismo. Ahora acuéstate tranquilo y descansa, mañana continuaremos hablando.

Angelito, confundido sin lograr entender aquellas palabras se acostó sobre la colchoneta, percutida, manchada, que estaba ubicada a la derecha de la habitación, justo debajo de la ventana, por la cual se colaba ahora el resplandor de la luz de las lejanas torres de iluminación del basurero.

—No sé qué es lo que te pasa, pero quiero que sepas que te quiero como si fueras mi papá —le dijo Angelito.

—Yo también te quiero, te quiero como a un hijo. Y como un buen padre te voy a contar un cuento antes de dormir.

—Había una vez un genio que vivía en una botella de ron vacía. Y borracho siempre lo veían, dentro de su botella que ya ni a licor olía. Hasta que un buen día un niño que por ahí pasaba lo miró dentro de su botellita vacía y sacándolo, le enseñaría que borracho su magia nunca vería...

Ni siquiera había pronunciado estas últimas palabras, cuando ya el niño se había entregado a sus sueños.

Cristóbal regresó a la pequeña sala, volviendo a tomar los papeles entre sus manos. En ese momento se entregaría a la lectura de ellos, devorándolos en su voraz apetito intelectual. Cada palabra, cada oración, cada frase, le hacía volver atrás, a pisar donde ya había pisado, a vivir donde ya había vivido.

Las horas transcurrían con tal rapidez, que el tiempo parecía no haber pasado nunca. Ya la mañana, en su crepuscular poniente, se dibujaba en el horizonte este.

Angelito se despertó súbitamente, el corazón le latía desbocado. Había tenido una pesadilla tal vez. No recordaba lo que había soñado, pero sentía que era algo malo y un extraño presentimiento le hizo desbocar aún más su corazón.

Instintivamente, miró hacia donde debía estar durmiendo Cristóbal, pero no lo vio. Se levantó rápidamente, mientras sus ojos buscaban desesperados, afanosos, a aquella figura de hombre que se le antojaba como la del padre que siempre había idealizado, aunque en silencio, solo en silencio lo deseaba.

Lo buscó por todas partes. Lo buscó en la pequeña sala, pero tampoco estaba allí. Abrió la puerta y salió afuera, descalzo pisando la tierra húmeda, que le hacía erizar su tibio cuerpo semidesnudo.

Lo buscó por todas partes y en ninguna parte lo encontró. Su nombre gritó incansablemente, como si estuviera en medio de la pesadilla que lo había despertado, pero solo silencio consiguió como respuesta. En ningún lugar estaba.

Desesperado, con mucho miedo, entró de nuevo al remolque y sin saber por qué sus ojos parecían buscar algo, algo que el mismo no sabía que era.

Sobre la mesa de madera estaba un papel, a su lado aquellos papeles, los otros papeles que Cristóbal había leído vorazmente en la noche.

“... Discúlpame por hacerte esto. Uno a veces piensa tantas cosas, pero quedan ahí en ese momento en que se dicen. Dios es testigo de que te quiero y por eso es mejor que me aleje de ti. No soy precisamente la figura que debes seguir. Por favor entiéndelo. También discúlpame por haberte tomado algo del dinero que guardas en tu cajita de madera...

Angelito hizo una pausa en su lectura y miró sobre una silla la cajita de madera abierta. Y volvió a reanudar su lectura:

...Sobre la mesa también te dejo ese montón de papeles que alguna vez escribí. Te pido que busques a Antonia y se los entregues, ella te ayudará. Si lo haces me sentiré mucho mejor... que Dios te Bendiga...

Angelito terminó de leer aquellas líneas, con lágrimas en los ojos miró los papeles de Cristóbal y nuevamente la cajita de madera abierta con unos cuantos billetes en su interior. De repente, los tomó y se echó a correr, en su mente solo abrigaba la idea de encontrar a Cristóbal.

Se iría con él, no importa adonde. Haría lo que él quisiera, lo dejaría todo.

Pensaba todo aquello corriendo sin saber adónde. Dejándose llevar solo por los pasos. Y aún, un solo pensamiento cruzaba por su mente: encontrar a Cristóbal.

Continuaba caminando con los billetes apretados entre su mano, sin darse cuenta, había llegado a la carretera desértica por donde una vez había caminado junto a Cristóbal.

Se detuvo por un momento, se sentía cansado, exhausto de tanto correr. Con la respiración acelerada comenzó a caminar lentamente, como si se hubiese dado por vencido, como si hubiera comprendido que aquella búsqueda era infructuosa, sin sentido.

Pensaba en aquello, ensimismado, cuando al pasar como un sonámbulo frente al bar de la carretera, escuchó unas palabras que casi le resquebrajaban el corazón.

—Era uno de esos borrachos, vikingos, que amaneció muerto en las gradas del estadio —le decía un camionero a otro, señalando con la mano hacia un terreno a un lado del bar, donde se encontraba el pequeño campo deportivo abandonado.

Angelito, al escuchar esas palabras, se echó a correr de nuevo. Corría desesperado hacia aquél sitio. Sus pies descalzos no sentían como la hierba, húmeda por el rocío de la mañana, le rasguñaban la piel. Su corazón latía más fuerte a cada paso. Su mente ya no albergaba ningún pensamiento.

Cuando estuvo frente a las gradas destartadas por el tiempo, se detuvo y

mirando al grupo de personas, en su mayoría prostitutas que trabajaban en aquél bar y que miraban curiosas, indolentes a aquel cuerpo sin vida, sintió ganas de llorar. Ahora con pasos lentos, en silencio, se fue acercando, mientras solo sentía los incesantes latidos de su corazón, que parecía se iba a salir desbocado de su pecho.

Allí, recostado sobre las desgastadas tablas de las gradas, estaba el cuerpo inerte de un hombre de unos cuarenta y cinco años, con los brazos abiertos y las piernas extendidas a lo largo, el pié izquierdo colocado sobre el derecho, la cabeza descansaba hacia el hombro izquierdo, el rostro enmarcado en una barba a medio crecer reflejaba una extraña dulzura, parecía que dormía. Su cabello ondulado caía suavemente sobre sus hombros y le cubría el lado derecho de la cara.

—Gracias Dios mío, no es Cristóbal —logró balbucear mientras se abría paso entre la gente.

En ese instante, una de las prostitutas que se encontraba allí mirando, de cuerpo curvilíneo, alta morena, con una cabellera alborotada, embutida en un pequeño vestido rojo que le dejaba ver sus largas piernas sobre unos altos tacones, abrazada a un travesti de piel oscura, también alto y de cuerpo muy delgado, vestido con una braga verde ajustada y peluca de color fucsia, ebria como su compañero decía:

—Ay, y el que me dijo anoche que yo parecía una reina de belleza y me trató como toda una dama, estaba tan borracho pero era sincero, mira como quedó, se parece al Cristo de la capilla con su barbita y todo, parece que estuviera crucificado.

Y se echó a llorar en el hombro de su amigo, mientras se iban caminando por la orilla de carretera cantando una canción de despecho.

Cuando llegaron las autoridades, determinaron que aquél hombre había fallecido de un infarto como consecuencia de una sobredosis de drogas y que además había ingerido una gran cantidad de alcohol antes de morir, lo que le aceleró su deceso.

Angelito desconcertado al ver que aquel cuerpo sin vida no era el de su amigo, sintió mucha alegría, aunque también mucha pena, pues se trataba de un hombre del barrio, que varias veces le regaló algo de comer cuando no tenía ni un centavo en el bolsillo. Todo el mundo lo llamaba Salvador y era un hombre con problemas de adicción a las drogas y al alcohol. Pero era un ser muy solidario y gustaba ayudar a todos.

Y mientras él estaba absorto en sus pensamientos confusos, una voz lo hizo

volver a la realidad;

—Angelito, Angelito —le gritó una joven desde la entrada del bar.

Con pasos lentos, se fue acercando hacia aquella chica vestida de forma extravagante y de maquillaje muy colorido. Estaba enfundada en un corto traje de color negro y zapatos de tacón alto, rojos como su boca. El cabello alborotado le daba un aire felino. Era Yuli, la amiga de Manu.

—Ahí esta —le dijo con voz suave y mirada extraviada, como vidriosa, era como si su mente estuviera a miles de kilómetros de ahí. Y le daba una probada a su cigarrillo a medio fumar. Estaba recostada de un lujoso automóvil color negro que pertenecía al dueño del bar, un hombre algo mayor dedicado a los negocios de la mafia de las drogas y el alcohol en aquellos lugares.

Angelito, volvió la mirada hacia el lugar que le había señalado la chica y observó a un hombre, recostado al tronco de un enorme árbol que estaba sembrado a un lado del estacionamiento del local. Estaba dormido, mientras sostenía entre sus manos una botella de ron vacía.

El niño, al verlo se echó a correr y entre sollozos lo abrazó. Ahora su corazón latía de felicidad, de alegría al ver de nuevo a Cristóbal.

—Estas bien, estas bien —le gritaba mientras lo tomaba con sus manos por el cuello de la camisa. Y las lágrimas corrían por sus mejillas a la vez que su voz se ahogaba entre la risa y el llanto.

Cristóbal se fue despertando poco a poco, estaba aun bajo los efectos del licor que había consumido durante toda la noche en aquel bar. Estaba confundido, veía borroso y escuchaba la voz del niño como si estuviera a cientos de kilómetros de ahí. Al fin, unos cuantos minutos después logró reaccionar.

—¡Angelito! ¡Angelito! —le dijo al niño mientras lo abrazaba fuertemente —. Perdóname hijo mío, soy un cobarde, pensé en abandonarte, siempre he sido un cobarde, nunca he querido asumir mis responsabilidades. Siempre termino haciéndole daño a los que están cerca de mí. Perdóname Dios mío porque pensé en acabar con mi vida.

—No digas eso Cristóbal, tú eres un gran hombre, me has ayudado mucho, no me dejes nunca, tus eres como mi papá, ya te lo había dicho. Te quiero mucho, llévame contigo.

La inmensidad de aquella planicie que se extendía a su alrededor parecía no tener fin, el horizonte muy lejano mostraba vagos destellos de lo que parecían relámpagos multicolores, quizás una muralla de fuego enrojecido incinerando lejanas montañas, todo parecía difuso. De pronto una niebla densa, asfixiante, lo envolvió todo. Cristóbal no se atrevía a dar un paso, pues sentía que el suelo bajo sus pies se volvía lodo, un lodo espeso y putrefacto que parecía querer sumergirlo hasta un fondo infinito. Hasta que, la algarabía de miles de voces de niños que corrían detrás de él, lo hizo volver en sí. Sintió como una extraña fuerza renacía de su interior, una energía que nunca antes había experimentado.

Quería correr como esos niños, volar como los pájaros del parque donde solía llevar a pasear a su pequeño hijo, hacía ahora tantos años, gritar tan fuerte como los alumnos de Antonia a la hora del recreo y llorar tanto que sus lágrimas inundaran todo la inmensa extensión del vertedero de basura y apagaran las eternos chorros de humo que calcinaban los desechos del pasado de toda aquella inmisericorde ciudad. Su cuerpo comenzó a emerger de aquel lodazal que casi lo cubría todo, se sintió como un hombre nuevo. Qué extraña sensación, las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas sin poder controlarlas, su corazón latía tan fuerte que lo escuchaba cada vez más y más. Pero aquella sensación de paz y alegría era algo indescriptible. Sin que tuviera tiempo de asimilarlo, estaba corriendo en medio de aquella multitud de niños desnudos, que al igual que él, se dirigían hacia el horizonte resplandeciente, fulgurante. Se miró asimismo y observó que estaba también desnudo, como ellos, pero no sintió vergüenza, ni se intimidó.

Corría y corría sin sentir cansancio ni fatiga, más bien se sentía revigorizado, eufórico, eran tantas sensaciones indescriptibles. Los colores resplandecientes del cada vez más cercano infinito, hacían más visibles las miles de figuras que corrían como potros desbocados hacia los verdes pastos de una hermosa pradera. Por un instante, Cristóbal se detuvo, mientras los niños continuaban pasando raudos, veloces a su alrededor. Sintió deseos de mirar a la cara a uno de aquellos infantes y tomó por el brazo al primero que le pasó por un lado y cuál sería su sorpresa cuando pudo verse cara a cara consigo mismo, aquel pequeño era él mismo cuando tenía ocho años y en ese momento se sonreían uno al otro, se sonreían así mismos. Lo dejó irse y tomó a uno y otro niño y todos eran él mismo, su mismo rostro una y otra vez, siempre sonriéndole, siempre felices.

Aquel hombre asombrado, extasiado por esas extrañas sensaciones,

experimentaba de nuevo aquellos sentimientos que había olvidado en los muchos recodos oscuros del tortuoso camino que había sido su vida, el amor, la felicidad, la ternura, la misericordia, la fe y sobretodo volvía a sentir la confianza en sí mismo.

Continuaba caminando, feliz entre aquellos chiquillos bulliciosos hacía el ahora más cercano horizonte multicolor, eran destellos rojizos, anaranjados, amarillos, sobre un cielo profundamente azul, que de repente se tornaba verde, otras veces morado, quizás todos los colores mezclados al mismo tiempo y más lejos aún, hacia un infinito donde se dibujaba un arcoíris esplendoroso. Cristóbal se detuvo otra vez, para continuar mirando extasiado aquel espectáculo cromático que se presentaba frente a sus ojos, mientras veía como los niños se fundían entre aquellos destellos como si estuvieran zambulléndose en las aguas del mar, así como lo habían hecho tantas veces él y su hermano, en aquellos lejanos días de la infancia, cuando iban a la playa con sus padres, como una familia feliz. De pronto escuchó una voz que lo llamaba desde aquél resplandeciente lugar frente a él.

—Papá...

De entre aquellos niños, pudo observar a una figura pequeña que se acercaba a él, poco a poco, sonriendo. Apenas podía ver su fisonomía, el resplandor de los colores y una niebla escarchada que le parecía algodón de azúcar, le dificultaban reconocerlo. Pero desde su corazón surgió la respuesta, era su hijo, su primogénito, su mayor orgullo.

En ese instante sintió una sensación del más puro amor, aquel que solo puede profesar un padre por un hijo. Echó a correr hacia él, en medio de la algarabía de aquella multitud de chiquillos resplandecientes de colores, pero en ese instante sintió una sensación como si se estuviera ahogando, asfixiando.

Todo aquello había sido un sueño, un hermoso sueño. Abrió bien los ojos y miró a su alrededor, estaba en la habitación de la casa de Antonia adonde habían llegado él y Angelito por la tarde del día anterior, después de aquella recaída en el bar de Las Ninfas. Cristóbal había decidido darse otra oportunidad y comenzar una nueva vida junto a Antonia y Angelito.

Aquel hombre empapado en sudor, jadeante, se sentó sobre la cama en medio de las penumbras de la inmensa habitación y llevándose las manos a la cara murmuró:

—Ya no más las pesadillas, ya no más los niños en la oscuridad...

Y se quedó mirando fijamente el resplandor de luz que entraba por la ventana abierta, mientras las suaves telas blancas de las cortinas parecían

danzar al compás de la música silente del suave viento de la medianoche de luna llena.

Un cielo límpido, muy azul había amanecido aquél día. Era una mañana de diciembre.

Angelito terminó de recoger algunas cosas, entre ellas algunos viejos libros que siempre quiso leer y que al igual que los escritos de Cristóbal, había recogido de entre la basura. Antes de salir, se detuvo frente al almanaque guindado en la pared, cerca de la entrada, comenzó a deshojar las pequeñas páginas que aún le quedaban para finalizar el año. Indicaban cada día desde el 27 de diciembre en números grandes de color azul. A su memoria llegaban tantos recuerdos de los momentos vividos junto a aquellos seres que se habían convertido en la parte esencial de su mundo, las historias felices y tristes que se quedarían encerradas en aquél lugar. Le parecía que escuchaba las carcajadas de Manu, los pasos suaves de Cristóbal, los gritos desesperados de las pesadillas, las sombras de los fantasmas ahora con miradas tristes y ojos llorosos porque sabían que ya no tendrían a quien atormentar, le pareció que los veía saliendo por las ventanas con sus maletas oscuras. Era el 31 de diciembre de 1989, último día de aquél turbulento año, fecha ideal para escribir la palabra Fin en las historias, más no en los recuerdos imborrables. Recordó las palabras dichas por Antonia mientras se trasladaban momentos antes en su automóvil hacia el basurero:

—Mañana es Año Nuevo. 01 de enero siempre es una fecha excelente para comenzar una nueva historia.

Arrancó esa última página del almanaque y tras lanzarla al aire se quedó mirando como esta volaba cual mariposa por las penumbras de aquella sala. Observó por última vez el interior del remolque y tras sonreír salió de allí.

Y tras cerrar lentamente la puerta del remolque, ahora afuera, se detuvo por un momento para mirar todo el entorno. Ese había sido su hogar, un capítulo en su historia.

El niño sonrió y al mirar hacia el suelo encontró una botella de ron vacía, la tomó en sus manos, la observó por un momento y luego la lanzó a lo lejos, sonreía todavía. De pronto, se echó a correr hacia el automóvil blanco donde se encontraban Antonia y Cristóbal esperándolo. Y en su mente, recordó las palabras de aquella historia que una vez le contó su amigo:

...Había una vez un genio que vivía en una botella...

Mientras tanto, Cristóbal y Antonia lo observaban desde el automóvil, sonriendo, felices de estar juntos los tres.

—Recuerda que esta tarde tienes la entrevista con el editor para que le hagas entrega de tu novela —le decía Antonia a Cristóbal, mientras le arreglaba el cuello de la camisa blanca y él aprovechaba la ocasión para darle un beso en la boca.

—Si no te preocupes mi amor, ya preparé la copia de la novela que le voy a entregar al editor. —Y luego, mirándola fijamente a los ojos con mucha ternura, le dijo: —Te agradezco mucho que me hayas concertado esa entrevista con ese editor amigo tuyo, voy a aprovechar esa gran oportunidad. Aunque te confieso que estoy muy nervioso, no se que vaya a opinar de mi historia. Creo que tengo mucho temor de lo que mucha gente pueda pensar de mí, de mis obras.

—Tranquilo mi cielo, que todo va a salir bien, eres un gran escritor, tu novela va a ser publicada y será todo un éxito, ya lo veras.

Cristóbal permaneció en silencio por un instante, como meditando y luego, mirando su rostro reflejado en el espejo retrovisor del automóvil, se dijo asimismo:

—Te voy a buscar hijo mío, así sea hasta el fin del mundo...

En ese instante, Angelito subió al automóvil y sonriéndoles los abrazó desde el asiento trasero y les dijo:

—Ahora si tengo una familia de verdad, tengo a un papá y a una mamá, los quiero mucho.

Al escuchar estas palabras todos se echaron a reír, se sentían agradecidos con Dios, porque la felicidad al fin había llegado a sus vidas, después de tantos momentos y circunstancias adversas, difíciles muchas veces.

Y Angelito, al volverse para mirar por la ventana trasera del vehículo por última vez lo que fue su antiguo hogar, le pareció ver a La Chamana sonriéndole, mientras le decía adiós encaramada en una rama de la mata de mango, envuelta en una blanca neblina. Se echó a reír y también le dijo adiós, mientras el automóvil se perdía entre la polvareda que levantaba a su paso, tras recorrer el tortuoso camino de tierra rodeado de montones de basura. A lo lejos el cielo azul limpio resplandecía entre las nubes blancas que pocas veces se veían por esos lugares.